



ÉPOCA 3.^a — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 28. — Madrid 5 de Abril de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.
Un año..... 60 »

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.
Un año..... 4 »

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20. SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.
Un año..... 6 »

SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema. *Crónica*, por D. Damián Isern. — *Cria cuervos...*, por Blas. — *El trabajo*. — *Estudio sobre las pasiones: La cólera*, por M. Descuret. — *Las Ruinas de Numancia* (poesía), por Fr. Conrado Muñoz Saenz. — *Pasionaria*, por Martínez Parra. — *El Mártir de un secreto* (continuación), por Raul de Navery. — *Los grabados*. — *Revista de conocimientos útiles*. — *Advertencia*. — *Anuncios*.

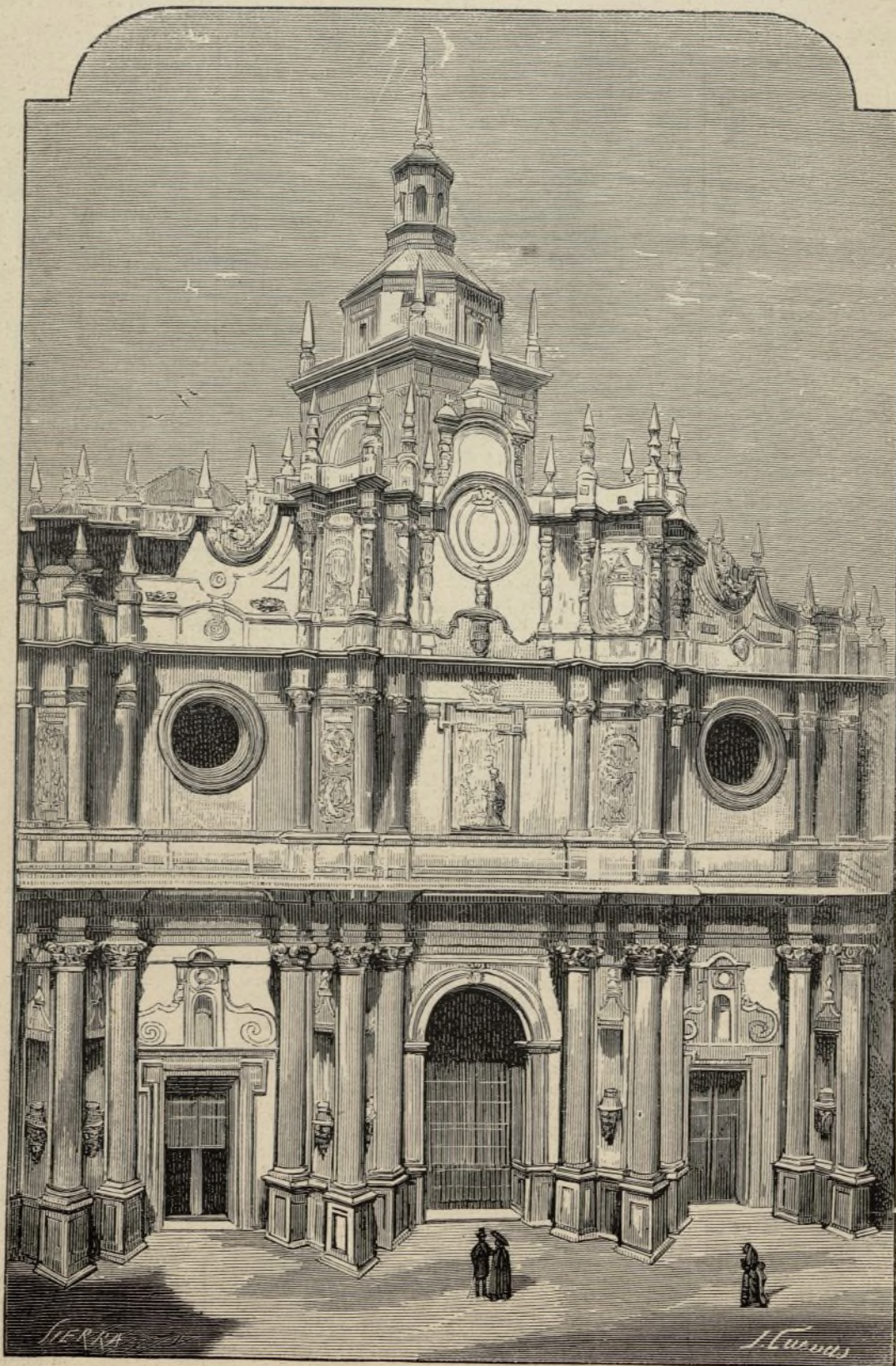
GRABADOS.—*Fachada principal de la Catedral de Guadix*. — *Capilla de San Miguel de Guadalupe*, llamada de los Urbina. — *La fiesta de los ciegos en las Provincias Vascongadas*. — *Atril del Monasterio del Escorial*.

REVISTA

EL mes de Abril ha venido muy alarmante.

La primer noche entera ha sido una noche de truenos. Madrid se despertó en la mañana del día 2 sobrecogido de espanto con el rumor de una tormenta prematura. Hubo relámpagos, truenos y lluvia torrencial, como en una tarde de estío; las estaciones y los fenómenos meteorológicos no quieren ser menos que los acontecimientos terrestres, y si aquí es ley de los tiempos actuales que la libertad sea tiranía, la ciencia ignorancia y las monarquías democracias, en la región de las nubes llegará a reflejarse nuestro progreso; y tendremos tempestades en invierno, nieves en verano, y quién sabe si estimulados por las conquistas de la civilización llegaremos a ver de cerca las estrellas, y tocaremos el cielo con las manos.

Y lo peor del caso es que estas revolucio-



FACHADA PRINCIPAL DE LA CATEDRAL DE GUADIX.

nes de la atmósfera, por parecerse también en esto a las de la sociedad agravan el vigor de nuestros males, pues malogran los frutos de la tierra y hacen que se suban a las nubes los artículos de primera necesidad.

Espanta el mercado de Madrid, según se van poniendo los precios de todo: en las buhardillas de los pobres no se oye otra cosa que lamentaciones de lo caro que están los comestibles, hasta el punto de que hay en Madrid familias de pobres que se mantienen con mendrugos de pan, mojados en caldo de huesos.

Porque es de notar que el aumento de precios es constante: sucede en esto como en las contribuciones, suben siempre y no bajan nunca. Este invierno se ha subido en Madrid casi todo el mercado, y debemos esperar que el año que viene se suba otra vez, y de subida en subida, de escalón en escalón, llegará a hacerse inaccesible para todo el que no sea rico, y sabido es que los ricos nuevos se van tragando la riqueza de los antiguos.

La sociedad se ve rodeada de problemas espantosos. *La Mano Negra* no es más que el indicador del abismo a que caminamos: es preciso volver atrás ó resignarnos con la bancarrota.

Ha dicho un autor francés que el genio artístico es como los nísperos, que madura sobre la paja.

El pensamiento es ingenioso, y aplicado á Cervantes, por ejemplo, resulta completamente exacto.

Sin embargo, hoy las cosas deben pasar de otro modo; el genio ha de madurar sobre manteles. Perez Galdós es un escritor joven; comenzó a escribir hace doce años, de modo que todavía no debe haber pasado del período de la madurez. Pues bien, para acelerar su madurez, para estimularle en el camino de sus conquistas literarias, sus admiradores acordaron ha poco, y lo han realizado, celebrar dos banquetes en honor suyo, como si el novelista tuviera el honor en el paladar ó en el estómago, y sus admiradores tuviesen en las mismas regiones el sentimiento del arte.

La fiesta literaria tuvo dos partes: un exordio y una confirmación; la proposición no hacía falta, y el epílogo, después de una confirmación tan nutrida, no podía pertenecer al dominio público.

El exordio fué un almuerzo de ciento y pico de jóvenes, todos pimpollos de futuros laureles, y la confirmación una comida abundantísima, á que asistió el afortunado novelista, rodeado de doscientos admiradores.

Debemos ser justos. Perez Galdós protestó de su alabanza en nombre de otros ingenios que viven y que han muerto, sin que nadie haya pensado en tributarles tan ruidoso y solemne homenaje; se mostró modesto en su apoteosis, haciendo resaltar la parcialidad sospechosa de sus admiradores, que no lo han sido tanto de otros escritores de más mérito, cuyas obras serán inmortales. En este punto Perez Galdós merece sincera alabanza.

Pero no diremos lo mismo de sus amigos, los cuales más que á las letras han rendido homenaje al espíritu liberal que anima las obras de Galdós, espíritu insidioso que bajo las bellas formas de la novela, inculca en el ánimo de los lectores el odio hacia las creencias é instituciones que hicieron grande y gloriosa á nuestra patria.

No diremos que el banquete del 26 haya sido una fiesta masónica, pero sin vacilar afirmamos que al festejar á Galdós se ha festejado al novelista liberal, preparando con este acto la serie de apoteosis de escritores de la misma escuela que iremos viendo, si Dios nos da salud, medio eficaz de contribuir á los éxitos confeccionados por el compadrazgo literario de este siglo, el más tonto y el más infeliz que se ha conocido, á juzgar por sus enormes tragedias.

De hoy en adelante no tendremos artistas laureados ni coronados, como los antiguos, que se alimentaban de mirros y laureles; tendremos, para honor de nuestro siglo, artistas rellenos, fritos y trufados, que podrán enseñar á las generaciones futuras el arte sublime de hacer de tripas corazón.

Al Madrid festivo no le faltan nunca emociones. En estos días se preocupa con la boda de la infanta doña Paz con el príncipe Luis de Baviera, y con las diversiones públicas ó privadas que este suceso ha originado. Personas conocemos nosotros que andan tan ajedreadas con este motivo, como si se les casara la persona más íntima de su familia: fatigas por ver la canastilla de boda; más fatigas por asistir á la ceremonia; nuevas fatigas para ir á la función regia de teatro; otra vez fatigas para ir al baile de Palacio; y añádanse á estos ajetreos los preparativos de trajes; solicitud de papeletas y murmuraciones sin cuento acerca de todo lo que pasa y de todo lo que se queda.

Confesamos humildemente que no hemos visto nada. Ni los ricos encajes, ni las joyas deslumbradoras, ni las galas del Real, ni los salones de Palacio, pueden sacarnos de nuestra indiferencia, con la cual vemos pesar por delante de nosotros los hombres y los sucesos sin que la codicia nos asalte, ni la vanidad nos enloquezca, ni las muchedumbres nos aplasten, ni los resplandores del trono nos cieguen.

Deseamos á los augustos consortes la mayor felicidad posible; pero nuestro deseo es tan generoso que no se ha bastardeado ni con los dulces de la boda.

Las diversiones se dan la mano. Al concluir las fiestas de la boda comenzarán las carreras de caballos. La buena sociedad descansará del baile en las tribunas del Hipódromo.

El sabio y virtuoso Obispo de Barcelona ha pasado á mejor vida. Era un prelado ejemplar y ha muerto bendiciendo á sus ovejas. La despedida es un documento precioso que pasará á la historia de los varones apostólicos. Héla aquí:

« OBISPADO DE BARCELONA.

» Desde el lecho del dolor, donde me ha postrado una grave enfermedad, confortada mi alma por el sagrado Viático, como la última y mejor prenda de mi cariño por si Dios dispone de mi vida, doy mi

bendición pastoral á todos mis amadísimos diocesanos, perdonando de corazón á los que en algo me hubieren ofendido y pidiendo perdón á los que hubiere en algo mortificado; rogamos á todos que Nos encomienden á Dios y les encarecemos que conserven la fe y vivan con arreglo á ella para que en el trance de la muerte experimenten la dulcísima consolación que siente en estos momentos nuestra alma favorecida con auxilios muy especiales de la Divina Misericordia, puesta en las manos de la Santísima Virgen con una santa confianza de ir al cielo á gozar del Bien sumo para que hemos sido criados y que debemos buscar constantemente mientras vivimos en la tierra.

» Barcelona 30 de Marzo de 1883. — El Obispo. »
¡ Hermosa muerte la de un prelado que se despide con tan edificantes y tiernísimas palabras de sus hijos!

Descanse en paz y ruegue por nosotros.

Nos complacemos sobremanera en reproducir las siguientes noticias que nos comunican de Barcelona, acerca de la próxima peregrinación á Tierra Santa.

« La peregrinación anual á Tierra Santa, que no pudo efectuarse el año pasado por causa de la guerra de Egipto, se espera poder realizarla en el presente, con el favor de Dios, á no mediar circunstancia imprevista que altere la paz en aquellas regiones. La junta constituida en Barcelona desde el principio con antelación del Excelentísimo é Ilustrísimo Sr. Obispo de la diócesis, ha dispuesto anunciar para el 19 de Setiembre próximo la salida de la expedición, por medio del magnífico vapor *Santiago*, que zarpará dicho día del puerto de Barcelona. Se ha escogido dicho día por dos razones: primera, por ofrecer más seguridad los mares á mediados de Setiembre que á principios de Octubre, época esta última de frecuentes tempestades; segunda, para garantizar á los peregrinos sacerdotes la completa seguridad de que, sean cuales fueren los retardos accidentales del viaje, podrán hallarse en sus parroquias el día de Todos los Santos, aun los de puntos lejanos del puerto de Barcelona.

» Del viaje podrá enterar con suma minuciosidad el libro del Sr. Nogués y Taulet, que se halla en las administraciones de *El Correo Catalán* y de la *Revista popular*. Es un excelente itinerario y cicerone para el devoto peregrino de los Santos Lugares.

» Se ha resuelto no admitir más que 120 peregrinos para que á todos se pueda proporcionar decente alojamiento. Los que se presentaren después de lleno este cupo tendrán que aguardar la expedición del próximo año.

» Los precios son 150 duros en primera clase, y 100 duros en segunda, incluyéndose en esta cantidad todos los gastos precisos desde el embarque en Barcelona hasta el desembarco en esta misma ciudad.

» Las expediciones parciales desde Jerusalén, objetivo principal de la peregrinación, hasta los diferentes puntos de Palestina, se cuentan por separado y quedan á libre voluntad del peregrino.

» Así los viajes al Jordán, Jericó, Mar Muerto y San Sabas cuestan 10 duros. El viaje al Carmelo desde el interior de Galilea, 40 duros. El mismo viaje al Carmelo y á Nazareth por mar costará sólo unos 20 duros, pues se hace en seis horas, así como por el interior necesita tres días.

» Los pasajes se expenden en la Secretaría de la Peregrinación nacional á Tierra Santa, Plaza del Rey, 13, tienda, donde además se ampliarán las presentes instrucciones. Agradeceremos á los demás periódicos hermanos nuestros reproduzcan este anuncio.

Las peregrinaciones á Tierra Santa, que hace cincuenta años eran casi una cruzada por lo difíciles y arriesgadas, son hoy un viaje de recreo, cómodo, seguro y barato, en el que toman parte fieles de todas edades y condiciones sociales.

Nos sirve de indecible satisfacción el ver que en España ha llegado á constituir una Obra, como ahora se dice, la peregrinación anual á Jerusalén, y que de año en año aumenta el entusiasmo de los fieles por tan santo viaje, el más grato que puede hacerse en el mundo para los corazones cristianos.

Hemos leído con legítimo orgullo, pues se trata de un sabio español y querido amigo nuestro, que en Ratisbona acaba de salir á luz, impresa con mucho lujo y elegancia, la traducción alemana de la obra del Padre Mir, intitulada *Harmonía entre la ciencia y la fe*.

Hace ya algunos meses que se publicó en París la versión francesa, y pronto aparecerá en Boston la inglesa.

Las traducciones francesa y alemana están hechas

con grande perfección, y reproducen á maravilla las bellezas que tanto realzan la obra original.

El Padre Mir puede estar satisfecho del éxito de su libro, que en pocos meses ha dado la vuelta al mundo.

Con gran solemnidad se ha puesto la primera piedra del templo de Nuestra Señora de la Almudena el día 4 del corriente.

Quiera Dios y la Virgen Santísima que veamos, los que vivimos, poner la última

NULEMA.

CRÓNICA



as locuras revolucionarias continúan desgraciadamente en Francia.

Los anarquistas y colectivistas de París cuentan, y organizan, y disponen sus fuerzas, como si se tratase de dar la suprema batalla, no ya al Gobierno, sino á la sociedad.

En estos últimos días han organizado nuevos centros de propaganda en diversos distritos de aquella capital, y en ellos improvisados oradores piden el exterminio de los ricos y de los no ricos, de todos los que desean la conservación del orden social.

Mientras tanto, la Liga para la revisión constitucional recluta nuevos partidarios.

A la fecha de las últimas noticias, contaba con el apoyo de 22 grandes diarios de París, y de 170 de provincias, y con un número considerable de publicaciones semanales, bisemanales y quincenales. Las adhesiones de centros republicanos las recibe dicha Liga por miles.

¿Qué frutos de perdición y de ruina para el Gobierno no han de producir todos estos elementos, organizados y dirigidos por un hombre público de la talla de M. Clemenceau? Este procura ahora mostrarse prudente en alto grado; pero, ¿lo será igualmente, cuando en un período no lejano ocupe el poder? No hay que olvidar en esta ocasión que se trata de un furibundo demagogo, que si no llega hasta la locura de proclamar la anarquía como la mejor forma de existencia social, se queda en realidad á la puerta.

En innumerables discursos y artículos de su órgano en la prensa se ha proclamado socialista, y no ha ocultado nunca sus simpatías por los monstruos de la Commune.

Este es el Presidente del Consejo de Ministros de la República de lo porvenir. Y no se crea que este porvenir está lejano. Si la Liga para la revisión constitucional sigue adquiriendo grandes fuerzas, M. Clemenceau será primer ministro de M. Grevy antes de un año.

Este movimiento revolucionario ocasiona, no ya sólo la ruina moral de Francia, sino también la material. El comercio de París parece herido de muerte, y en el mismo estado semeja estar el de las demás grandes ciudades de Francia.

Pero los radicales han descubierto que es la Iglesia quien debe pagar los desastres que causan. Uno de los prohombres de la extrema izquierda ha escrito estos días lo siguiente: — «La época feliz de la separación de la Iglesia y del Estado se acerca. Esta solución será impuesta por la más apremiante necesidad. Como no es posible disminuir los gastos públicos, y es imposible aumentar los ingresos por los medios ordinarios, dada la situación de la industria y del comercio, habrá de obligar el Gobierno á la Iglesia á restituir parte de lo que haya cobrado del Estado, y á romper para siempre los lazos que la unen á las cajas públicas.»

Así habla M. Lockroy, ayudante de campo de M. Clemenceau, con el ciudadano Pelletan. Esto reviste de mayor gravedad sus palabras.

Mientras la revolución despoja de sus derechos al clero parroquial, impone á las escuelas los manuales de Paul Bert y de Steeg, persigue judicialmente á los Obispos que han condenado estos libros impíos, y deja que el torrente impetuoso del colectivismo y del anarquismo acrezca el caudal de sus aguas corrompidas, hay príncipes de la casa de Francia que están con los brazos cruzados, y que nada hacen por salvar á su patria.

Y ya no es sólo que no hagan nada por salvar á su patria, sino que contienen los arranques generosos de algunos de sus amigos.

Ni aún en el terreno puramente legal quieren disputar el triunfo á la República. Varios amigos han tratado de presentar la candidatura de uno de ellos, del duque de Aumale, para senador por uno de los distritos vacantes, y se han visto obligados á desistir de sus propósitos ante la actitud del príncipe que querían tomar por bandera de combate.

Este hecho ha causado profunda impresión en París. La prensa orleanista no ha ocultado su disgusto, y algunos de sus órganos más autorizados han lanzado amargas quejas, que harían volver en sí a los príncipes de Orleans, si por ventura la Providencia no hubiese resuelto que en la futura batalla que va a librarse en Francia sólo aparecieran dos ejércitos.

El de la revolución capitaneado por M. Clemenceau, y el de la justicia y del derecho formado por todos los hombres de buena voluntad que aman la justicia y el derecho.

Por esto sin duda son vanos los esfuerzos de M. Julio Simón por constituir un partido republicano moderado; por esto se descompone y muere poco a poco el partido Bonapartista; por esto los príncipes de Orleans obran como si les aconsejaban sus enemigos.

Por esto, finalmente, M. Julio Ferry ve a no pocos de sus partidarios afiliarse en la Liga para la revisión constitucional.

..

En los talleres masónicos acaba de construirse la más terrible máquina de guerra que en no poco tiempo se ha inventado contra la Iglesia. La dirección del trabajo fué confiada hace dos años a M. Laurent, catedrático de la facultad de Derecho de la Universidad de Gante, y autor de varias obras tan venenosas, como desgraciadamente difundidas por Europa.

Se trata de un proyecto de reforma del Código civil belga, redactado bajo la dirección de un hombre que en un discurso ruidoso se proclamó «enemigo personal e irreconciliable de Jesucristo.»

Empieza el nuevo proyecto, negando los derechos civiles a todo hombre unido con lazos más o menos estrechos a la Iglesia. Así tiende a privar de estos derechos a la friolera de más de 25.000 ciudadanos belgas que son sacerdotes, o miembros de asociaciones religiosas, dependientes por algún modo de las autoridades eclesiásticas.

Las posibilidades de triunfo aumentan a medida que disminuye el número de los adversarios. Con 25.000 electores de oposición menos, ya podría creerse el partido liberal consolidado para siempre en el poder.

Pero M. Laurent no quiere sólo la destrucción del partido católico de Bélgica, sino que aspira a destruir por sus bases a la sociedad.

De aquí que establezca en su proyecto de Código que debe decretarse el divorcio siempre que lo pida una de las partes. Para él el divorcio por mutuo consentimiento es reaccionario. También quiere que tengan los mismos derechos ante la ley los hijos naturales y los legítimos. ¿Puede sorprender acaso nada de esto, cuando se le ve declarar a seguida que el incesto no es un crimen ni mucho menos, y que no es posible poner en duda la perfecta legitimidad de los hijos incestuosos?

Al lado de esto son en realidad vulgaridades progresistas aquellos artículos en que se suprime la personalidad civil, no ya sólo de las Ordenes religiosas, sino también de todas las obras católicas. Los bienes de la Iglesia pasarán a ser propiedad del Estado, que sólo podrá aplicarlos al fomento de las escuelas oficiales, que por dicha carecen actualmente casi por completo de alumnos.

Jamás déspota alguno llevó en este punto la tiranía hasta el extremo que va a verse, desde que los beneficios de la civilización cristiana cubrieron el mundo.

M. Laurent quiere que el Estado declare que los padres pierden todo derecho sobre sus hijos cuando les castigan corporalmente, cuando no les obligan a asistir a las escuelas laicas y oficiales, cuando se niegan a autorizar al poder civil para que inspeccione la educación privada de sus hijos.

Hoy una parte del partido liberal belga muestra asustarse de las teorías expuestas por M. Laurent en este proyecto de Código civil. Pero el liberalismo de este sectario es sin duda ninguna, si Dios no lo remedia, el liberalismo del porvenir.

..

Los estudiantes libre-pensadores de la Italia superior han querido parodiar a los católicos, y han emprendido una peregrinación, por llamarla como ellos la han llamado, «a la tumba de Víctor Manuel y a la isla solitaria en que pasó los últimos años de su vida el héroe de ambos mundos, el insigne Garibaldi.»

Pasaron la Semana Santa en Roma, y la celebraron con banquetes, en los que pronunciaron las más horribles blasfemias contra Dios, y singularmente contra Jesucristo.

Mas no se contentaron con estas escandalosas profanaciones. Trataron de impedir las funciones del culto católico, penetrando en las iglesias, alboro-

tando en ellas, profiriendo blasfemias que los fieles no podían oír tranquilamente, y llegando hasta el extremo de provocar cuestiones personales.

En dos ocasiones los católicos los expulsaron valerosamente del templo y los entregaron a la policía del Quirinal, que al momento los puso en libertad.

Los escándalos continuaron en la Ciudad Eterna durante las fiestas de Pascua. El Papá fué groseramente insultado por aquella tropa de energúmenos, bajo las ventanas mismas del Vaticano, y varios Prelados y sacerdotes hubieron de sufrir provocaciones no menos brutales en diversos puntos de la población.

La peregrinación salió al fin para «la isla solitaria en que pasó los últimos años de su vida el héroe de ambos mundos, el insigne Garibaldi,» y en Caprera debe de encontrarse actualmente, según el programa del viaje que ha publicado la prensa.

¿Es posible tolerar por más tiempo tales escándalos en la ciudad misma de los Papas? ¿Cree la casa de Saboya que no caerá en su día sobre ella toda la amargura que hace beber la Revolución a León XIII?

A todos los perseguidores les ha llegado siempre su hora.

..

Mientras estos libre-pensadores profanaban así la Semana Santa y las fiestas de la Pascua de Resurrección, una tropa escogida de católicos franceses salía de Marsella, atravesaba el Mediterráneo e iba a desembarcar en Jaffa.

En el puerto de Marsella edificaba con sus actos de piedad al Rdo. Sr. Obispo de aquella diócesis; durante el viaje elevaba constantemente al cielo fervientes plegarias, pidiendo perdón para los pecadores, y también para los extraviados; en Jaffa mostraba bien a las claras que sus miembros son hijos de aquel pueblo que mereció tener por Rey a San Luis.

Después de un próspero viaje por mar, esperaba a los peregrinos franceses un próspero viaje por tierra. Sin novedad particular llegaron a Jerusalén el Viernes Santo, y sin dar al cuerpo el necesario descanso, sedientos de beber en aquellos raudales de aguas purísimas de la tradición cristiana, empezaron la visita a los Santos Lugares.

¿Pero qué tristeza no se apoderó de aquellos buenos católicos al ver la influencia preponderante que allí ejercen griegos y rusos, aun a pesar de la Puerta y de sus representantes, grandes favorecedores de los católicos!

¿A qué es debido en gran parte todo esto?

Es debido a que los católicos apenas visitan la Palestina, en comparación de lo que la visitan los griegos y los rusos. En efecto, si se exceptúan las peregrinaciones periódicas que salen de Francia para Jerusalén, bien puede decirse que ordinariamente no existe movimiento alguno de peregrinos entre el Occidente católico y Jerusalén.

Hoy es doblemente urgente y necesario tratar de organizar estas peregrinaciones, principalmente en España. Los griegos y los rusos se hallan en lucha abierta con motivo de la elección del Patriarca cismático de Jerusalén. Turquía hace cuanto sabe, y puede por aplazar la elección, a fin de que se haga más violenta la lucha que las dos influencias ortodoxas sostienen, y todo parece indicar que su conducta no dejará de dar resultados.

¿Cuánto no podría lograrse si el Occidente católico supiera aprovechar estas circunstancias tan favorables para recobrar en Palestina la perdida influencia!

Los turcos no miran actualmente a los católicos como enemigos, sino, antes bien, como aliados de considerable importancia en la guerra a muerte que sostienen con la influencia, cada vez más absorbente, del panslavismo ruso, y con la del panshelemismo. Culpa será de los buenos si por su indiferencia se pierde la ocasión de lograr lo que quizás dentro de algún tiempo no podrá ni aun pensarse en lograr.

..

¿Pueden obrar así los católicos, cuando la mano de la Providencia tan señaladamente se muestra en el Asia Menor, multiplicando el número de infieles y de cismáticos que salen de las tinieblas del error para abrazar la verdad?

Hace algunos meses que se convirtieron al Catolicismo en Auran unas sesenta familias cismáticas. Hoy este número se eleva a quinientas, entre las cuales se encuentran las más poderosas y acomodadas. Con el pueblo se han convertido los curas cismáticos.

Y no son estas las únicas conversiones numerosas que se han efectuado en aquella región.

Toda la población de Ainelchara, comprendidas las autoridades cismáticas, se han convertido últimamente al Catolicismo, abjurando sus errores en manos del Arzobispo de Auran, Mons. Basilio Haggjar.

En Trebizonda han sido bautizados ocho judíos

de diversa edad y condición, y han abjurado sus errores trece familias cismáticas.

Los curas cismáticos últimamente convertidos están haciendo ejercicios espirituales en Damasco, mientras que varios monjes de San Salvador dan misiones a los pueblos en que al fin ha brillado esplendorosa la luz de la fe.

Se esperan nuevas y más numerosas conversiones.

Así compensa Dios con creces a la Iglesia de las pérdidas que indudablemente experimenta por la complicidad de los Gobiernos con el error, y por la indiferencia y apatía de los buenos en las naciones en que siempre había florecido la fe católica.

Hé aquí un hecho digno de profundas meditaciones.

DAMIÁN ISERN.

CRÍA CUERVOS...



A terminado la Semana Santa.

Los que todavía creemos, muchos de los que dudan, y aun algunos de los que no creen, unos por deber, otros por costumbre, otros por pasatiempo, todos hemos acudido en estos días solemnes al templo del Señor.

El tremendo misterio de la redención del género humano tiene un carácter tal de grandeza y un aparato de mística sublimidad, que no puede menos de impresionar al creyente y aun de interesar al escéptico.

Pero ni soy competente para hablar de cosas tan superiores a mí, ni me propongo tampoco echar un sermón a mis lectores, que tantos motivos tienen y tendrán, Dios mediante, en lo sucesivo para sermonearme.

He empezado hablando de la Semana Santa para dar vado a algunas reflexiones que esta época del año me sugiere, y Dios sabe dónde iré a parar por tal camino.

La primera observación que me ocurre es que, en la Semana Santa coincide la clausura de los Cuerpos Colegisladores.

No parece sino que existe cierta incompatibilidad entre una y otros.

Yo no quiero creer que exista esa incompatibilidad. Pero si quisiera creerlo, y después de creerlo quisiera decirlo, y después de decirlo quisiera probarlo, no se me ocurriría más que este sofisma: la Pasión Divina es incompatible con las pasiones humanas.

A propósito de pasiones humanas, aprovecho la ocasión para protestar contra una frase que ha tomado cédula de vecindad (ya que no puede hoy decirse carta de naturaleza) en la jerga parlamentaria.

A todas horas oímos en las Cámaras y leemos en los diarios: «La pasión política ciega a D. Fulano; la pasión política inspira a tal periódico; la pasión política agita a este partido; la pasión política informa los actos de aquella agrupación intransigente... etc. etc.»

Digo que me rebelo con todo el empuje de un internacionalista contra este inicuo reparto de la propiedad del lenguaje.

Veamos: la política está dividida en dos clases... (No es esto precisamente).

La humanidad tiene dos políticas... (Tampoco).

Todo el género humano es género político. (Ya encontré la fórmula); todos los hombres son políticos, por más que no todos los políticos parezcan hombres; todos estamos sometidos a la influencia política, como lo estamos a la influencia miasmática en tiempo de epidemia... (Creo que en esta comparación no he estado muy feliz).

Ahora bien, esta influencia, este virus, este miasma, este agente séptico, ó como quiera llamarsele, parte por medio a la humanidad; quiero decir, divide a los hombres en dos partes: los que *hacen* la política y los que la *padece*.

Los que *hacen* la política son: los que han mandado, los que mandan, los que aspiran a mandar.

Los que *padece* la política son: los que han sufrido a los que mandaron, los que sufren a los que mandan, los que sufrirán a los que han de mandar.

¿Hacen ustedes ahora el favor de decirme en cuál de estas dos clases está la *pasión* política? ¿Cuál de ellas es la que juzga, condena y crucifica, y cuál la que es crucificada? ¿Cuál la que alza el gallo en esta pasión, y cuál la que sube al Calvario entre sazones, escribas y fariseos?

No lo den ustedes vueltas; en los hombres políticos podrá estar el *apasionamiento*, en nosotros la verdadera *pasión*. Que es, como dicen los matemáticos, lo que me proponía demostrar.

Hablemos de otra cosa.

Con la Semana de Pasión han coincidido en el extranjero sucesos que yo no voy a detallar, pero que parece preocupan algún tanto a los políticos

más despreocupados. Siempre me había yo figurado que estos señores políticos eran algo pusilánimes, pero ahora mi sospecha se ha elevado al cubo de la realidad.

Se asustan de que en París algunos centenares, y si ustedes quieren, algunos miles de trabajadores organicen manifestaciones, preparen asonadas, griten en las calles contra la *burguesía*, saqueen tahonas, apedreen carruajes, den vivas á la *Commune* y mueras al Gobierno.

Se amedrentan de que en Londres los fenianos hagan saltar edificios públicos por medio de materias explosivas, y amenacen osadamente continuar su obra de regeneración social, haciendo de la dinamita la palanca, más práctica y manuable que la de Arquímedes, para empujar al mundo hacia los ideales del colectivismo.

Se ponen pensativos ante el espectro de hielo del nihilismo ruso, que viene del regicidio con la frente erguida y la conciencia tranquila, y va el regicidio con el puñal, la tea y el veneno, burlándose de la justicia humana y no creyendo en la justicia divina.

Se escandalizan de que, en los Estados-Unidos, los emigrados rojos hayan dicho, al conmemorar el aniversario de la *Commune* de París, cosas... que no son para repetidas. Sin embargo, hay que hacer justicia á (puesto que no se puede hacer justicia de) los panegiristas de aquel movimiento petrolero. Algún orador caracterizado, director que fué, por más señas, de un periódico socialista y nada sospechoso en materia de intransigencias, ha tenido el valor cínico de acusar á la *Commune*. La ha acusado, sí, señores; la ha acusado... de «haber sido demasiado humana (sic).» Verdad es que el *inhumano* perorador ha expresado en el mismo discurso la risueña esperanza de que la *Commune* del porvenir se corregirá de este defecto.

Ya lo sabéis, burgueses del porvenir: cuando triunfe, que sí triunfará, la revolución comunista, no se contentará con los antiguos procedimientos emolientes, de incendiar edificios ó fusilar generales ó particulares. Nada de eso: una vez quemados los sólidos se quemarán los líquidos, empezando por el agua del Sena y acabando por el agua de Colonia, pero respetando el agua ardiente. Y quemados los líquidos, podrá ya venir cuando quiera la *liquidación* social.

Pero me ocurre que si yo hubiera tenido asunto para este artículo, me habría apartado insensiblemente de él en estas divagaciones.

Iba diciendo que los hombres políticos aparentan asombrarse y escandalizarse de los dichos y de los hechos de los socialistas de todas castas y de todos los países; y estos asombros y estos aspavientos me producen tal acceso de hilaridad, que si el respeto á mis lectores no me lo vedase, escribiría aquí dos ó tres cuartillas de carcajadas más ó menos homéricas.

Permitidme ¡oh sesudos hombres políticos! que os llame de *tú*, para facilitar mi apóstrofe.

Me hacéis el efecto de la gallina (dicho sea sin ofenderos), de aquella gallina que empolló huevos de águila y se echó á temblar cuando vió su cría.

Tembláis ante los aguiluchos del socialismo, cuyos gérmenes habéis vivificado con vuestra palabra.

Os sentís mordidos en el corazón por esa culebra que, aterida, recogisteis del cieno de las calles y calentasteis en vuestro propio seno.

Huís la sombra mortífera del manzanillo que que plantasteis con vuestras propias manos.

Sentís rugir bajo vuestros pies el volcán cuyo cráter cubristeis de flores.

Modernos Eolos, habéis soltado los vientos que el dios mitológico llevaba en un odre y vosotros lleváis en la cabeza, y ahora os abatís ante el huracán revolucionario.

El pueblo tenía creencias, tenía, como tendrá siempre, la imposición del trabajo para procurarse el sustento, y llevaba sobre sus hombros el fardo de la pobreza y de las privaciones con resignación y esperanzado en un porvenir de eterna ventura, que la fe cristiana le mostraba en lontananza. Humilde sin abyección, soportaba la injusticia del potentado y la soberbia del rico y el desdén del vanidoso. Se comparaba con ellos, no en la esfera social, sino en la condición del espíritu y en la talla del alma, y podía muchas veces decir con legítimo orgullo: «valgo más que ellos.»

Y vosotros, los bienhechores de la humanidad, los filósofos, los políticos, habéis arrancado al pueblo su fe y sus creencias; le habéis enseñado que no hay más esperanzas ni más aspiraciones que las de los goces terrenales; habéis adulado sus malos instintos y avivado sus groseras pasiones para hacerles servir vuestros fines políticos; y como no podíais darle los medios de satisfacer esas locas aspiraciones, él las busca por el único camino que se ofrece á su ruda inteligencia.

Internacionalismo, colectivismo, socialismo, llamadle como queráis, ese es el fruto de vuestras predicaciones, esa es vuestra obra; podéis enorgulleceros de ella.

Como soy viejo he visto mucho. He visto, hace algunos años, á una de las eminencias de nuestra política, á una lumbrera de nuestra elocuencia, á una gloria del parlamentarismo, arengar á la muchedumbre en una capital de provincia. Y por cierto que el teatro de tan renombrado artista de la palabra era una gran casa deshabitada, de donde había sido desahuciado el inquilino... era la casa de Dios, era un templo. Yo lo oí, y aun conservo en mi oído algunas de las frases; solo citaré, á mi propósito, las siguientes: «La libertad es incompatible con la fe; y á optar entre la libertad y la fe, me quedo en la libertad.»

De esos vientos han venido estas tempestades. ¿De qué, pues, os asustáis, apóstoles y precursores de la Internacional?

Habéis sentado las premisas: dejad que el pueblo saque las consecuencias.

BLAS.

EL TRABAJO



Al dirigir una mirada sobre el mundo que nos rodea, al ver á todos los hombres ganando el pan con el sudor de su frente, al labrador cultivando con afán hasta el más miserable rincón de la tierra, al jornalero dedicado á penosos oficios, al hombre de negocios consagrando largas vigilias á sus tareas del bufete, y á todas las clases de la sociedad agitando incesantemente en busca de sus intereses, cualquiera creería que el amor al trabajo es innato al hombre y que forma en él un instinto, cuyo impulso sigue bajo diferentes formas. Nada es, por desgracia, más inexacto. El trabajo es por lo general odioso al hombre; para someterlo á él, es preciso acostumbrarlo desde sus primeros años con el esfuerzo de una educación solícita y vigilante: se necesita la mano severa y el ejemplo vivo del padre de familia ó del maestro: y aun así, no se doma á veces su naturaleza, inerte, floja y perezosa.

La vida del hombre, forzosamente encadenada al trabajo se nos manifiesta á cada paso huyendo del trabajo. Puede afirmarse, generalmente hablando, que el hombre no se somete á él sino para desembarazarse mejor de él. Así vemos que el niño, naturalmente inclinado á la pereza, siente hacia el trabajo una aversión innata. Se sujeta al colegio; pero es considerándolo como un yugo que la necesidad y el deber le imponen, ó cuando más, como un medio forzoso, aunque desagradable, de que se le abran las puertas de la ciencia, que á su vez le abrirán las puertas del porvenir. En el trabajo ve una condición precisa para saber, no un medio de educarse: trabaja para hacerse sabio, no para hacerse hombre; el trabajo no es para él una condición ni una función de la vida. Y las más veces, á través de esos días laboriosos en que se le somete á pruebas literarias ó científicas, descubre á lo lejos, como el bello ideal de su felicidad, esos otros días, que llegarán con el tiempo, en que tendrá la dulce satisfacción de no hacer nada.

Por desgracia es el mismo en esta parte el error de los hombres hechos que el de los jóvenes. En la edad madura apenas se ve el trabajo considerado como una función noble y propia del hombre, sino como un elemento de lucro, como un medio de hacer fortuna. ¿Dónde están, si no, los que trabajan como medio de perfeccionarse, de cumplir la ley que Dios les ha impuesto, y de practicar la virtud? Se trabaja para medrar y adelantar; se trabaja para gozar; para aumentar la comodidad y el bienestar; pero no se trabaja para mejorarse con el cumplimiento de este deber.

El trabajo, para la mayor parte de los hombres, no es sino el medio de prepararse á descansar, de llegar al deseado término de *no trabajar* algún día. Se trabaja diez años con el afán de descansar luego veinte: de modo que la agitación y el cansancio del hombre no es más que una conspiración del trabajo contra el trabajo mismo.

Este error, tan universalmente extendido y tan eminentemente práctico, es un desorden inmenso para la sociedad; desorden que, propagándose por todas las clases y estados, produce, para el individuo, para la familia y para la misma sociedad desastres incalculables. De él nace esa idea, tan contraria al buen orden y á la moralidad social, de que el rico, por ser rico, no necesita trabajar, porque el trabajo solo es necesario en cuanto es un medio de adquirir la subsistencia; y de que el pobre, por ser pobre, está obligado á hacerlo por la razón inversa. Consecuencia de tan falso principio es el odio del pobre contra el rico, que engendra las revoluciones y trae esas absurdas tendencias al socialismo y al comu-

nismo, fundadas en la idea de que la fortuna de unos cuantos millonarios repartida entre un centenar de familias pobres, les darían lo necesario para vivir y les quitarían la obligación de trabajar. Y nada es más natural que esta disposición de los espíritus, admitido el falso principio de que parten; por que si el pobre mira el trabajo como una condición inherente á la pobreza, y cree que el tener lo necesario para vivir le exime de ella; si ve al mismo tiempo que el rico le confirma con su ociosidad en esa creencia, ¿cómo no ha de odiar á aquel en cuyas manos ve reunido lo necesario para el descanso de cien familias? ¿Cómo no ha de desear que esas riquezas vayan á distribuirse entre ellas? ¿Cómo no ha de asociarse á las revoluciones que se hagan con esta mira? Si en sentido inverso, el pobre creyese que el trabajo es una *ley de la vida*, impuesta lo mismo á él que al rico, y viese que éste se sujetaba á ella voluntariamente y la cumplía como el pobre, aunque en distinta esfera, ¿qué interés tendría en poseer unas riquezas que no habían de eximirle de su cumplimiento? ¿Qué odio abrigaría contra aquel á quien viera trabajando como él, y compartiendo con él, aunque en otra línea, sus fatigas y sudores?

Pero la falta del trabajo no hace sentir menos su influencia en la familia que en la sociedad. En aquellas casas donde el marido y la mujer no tienen todo el tiempo empleado en sus respectivos quehaceres, y donde no se procura que los hijos hagan lo mismo, ocupándose desde muy pequeños en sus estudios, el menor mal que sobreviene es el de pasar la vida en frivolidades y pasatiempos; pues siempre se añaden á esto graves disgustos, y desórdenes aun más graves. Un marido ocioso es el tormento de su familia. Como no tiene que hacer, ó busca fuera de su casa, en el café, en el juego y en la disipación, algo en que ocuparse; ó si permanece en casa, es para descender á mil pequeneces impropias de su carácter y molestar á todos con continuas impertinencias. En el primer caso malgasta su fortuna, á la vez que pierde su salud y destruye la felicidad de su familia: en el segundo, es un martirio insoportable para ésta. A su vez, una mujer ociosa mata su desocupación en el tocador, en las novelas, en las visitas y en mil vanidades, cuyo ejemplo es harto funesto para sus hijas; fuera de que para alimentar semejantes vanidades necesita gastar lo que acaso no tiene, poniéndose en el resbaladero de todas las perdiciones imaginables. Y en cuanto á los hijos, ¿quién no compadecerá á esas infelices niñas que nacen, crecen y se desarrollan en la ociosidad; que no se ocupan sino como por pasatiempo; que se educan al lado de la modista y delante del espejo, pensando exclusivamente en los adornos que han de lucir cada tarde y cada noche? ¿Quién no se compadecerá, decimos, de ellas y de la sociedad en que viven, al pensar que de ahí han de salir algún día las madres de familia?... ¿Quién no se estremecerá al considerar lo que será esa familia, si al lado de esa joven viene á colocar el matrimonio á un joven criado en la misma escuela de la ociosidad, que no conocía otras ocupaciones sino el café, el casino, los caballos, los bailes, visitar al sastre, leer periódicos y novelas, ú otras semejantes?

¡Oh! la ociosidad! ¡terrible plaga! la que ha enseñado toda malicia, según dijo el Espíritu Santo: *la madre de todos los vicios*, como la llama el pueblo en su buen sentido. La ociosidad es la que además de producir los grandes desastres morales cuyo compendio se encierra en esas breves palabras, postra y debilita el cuerpo, acaso más que un trabajo excesivo; enerva el alma; quita la energía al carácter, la penetración al entendimiento y al cuerpo su primitiva frescura. Con ella, al par del cuerpo, envejecen con prematura ancianidad el alma y el corazón, quedando reducidos uno y otro á una impotencia completa. Se han visto hombres favorecidos con todos los dones imaginables para la felicidad del mundo, con salud, con fortuna, en la flor de su juventud, llegar á ser los más desventurados á causa de la ociosidad. Todo el esfuerzo de su débil inteligencia no se dirigía más que á un fin; llegar al término de aquel día, aterrados ya de antemano al pensar en el que había de seguirle, por no saber á qué dedicar sus horas, que tampoco habían sabido emplear el día anterior; maldiciendo del tiempo, que con tanta velocidad corre para los hombres ocupados y que para ellos se arrastraba tan lenta y penosamente. El tedio pesaba sobre sus almas como una mole de plomo. Por supuesto que su energía se había extinguido por completo: pero esto mismo era para ellos un bien; porque dos ó tres que aun conservaron alguna, aterrados del porvenir sombrío que les esperaba, pusieron término á su existencia con el suicidio. ¡Oh, cuán dichosos hubieran sido, si un revés de fortuna les hubiera arrebatado esa riqueza de que tan criminal uso hacían, reduciéndolos á la necesidad de trabajar para vivir!

Cierto es que no todos los ociosos llegan a tan deplorable extremo. Pero cuando la actividad del hombre se mantiene en pie a pesar de no estar alimentada por el trabajo, entonces sucede otra cosa no menos deplorable, y es que busca su desahogo en mil frivolidades a que decora con el título de *ocupaciones*, y a las cuales se entrega con el mismo ardor que el hombre laborioso a sus trabajos útiles y fructuosos. Hay efectivamente en el mundo una infinita multitud de bagatelas y fruslerías a que los hombres ociosos se dedican con lastimoso afán y que sirven de pasto a su corazón: sus almas se llenan fácilmente con este alimento ligero y sin sustancia; porque son endeble y no pueden digerir otro mas nutritivo: estos hombres son una especie de niños, que no se desarrollan nunca, y que necesitan todos los días juguetes nuevos para entretenerse; y como le sucede a los niños con sus juguetes, dan tanta importancia a tales fruslerías como los hombres inteligentes a las cosas serias y formales.

No hay vicio que la ociosidad no enseñe. La inacción entrega el espíritu al desorden de mil pensamientos incoherentes, y abre el corazón, como una plaza pública, a los deseos mas desordenados y a los afectos más culpables. Por distraerse del tedio que va siempre en pos del ocioso, busca este consuelo y goces en lo que no puede traerle mas que disgustos y remordimientos. Como es una carga para sí mismo, la arroja sobre el primer objeto agradable que encuentra al paso. No tiene defensa contra los ataques del vicio, ni contra las seducciones de la voluptuosidad. El más leve viciocillo de deseo que sopla su corazón, tan debilitado por la ociosidad, lo echa por tierra; y la menor pasión basta para arrastrarlo. No tiene fuerza para luchar contra los hombres ni contra las cosas; y así se hace forzosamente esclavo de los unos y de las otras. Con esto el entendimiento se embota, el pensamiento palidece, la imaginación pierde su brillo y vivacidad, el corazón se marchita, la voluntad decae, el carácter se debilita, los sentidos se exaltan, el hombre espiritual se empuñe y la vida se refugia toda entera en el cuerpo y en sus necesidades.

Contra todos estos males no hay más remedio eficaz que el trabajo: el trabajo, que enseña muchas virtudes, así como la ociosidad enseña muchos vicios. El trabajo hace al hombre sufrido, constante y formal: eleva el alma sobre las miserias y vanidades de la vida, y da a su actividad un fin a que puede aspirar: reprime la fuga de la imaginación, y encadenándola a los cuidados y a las ideas graves y serias, previene las disipaciones del corazón o las reprime, teniéndolo siempre contenido en un determinado círculo de acción. El trabajo ilumina los ojos del entendimiento y aviva la fuerza de la voluntad, por medio del continuado ejercicio en que lo pone aleja al hombre de los placeres del mundo, lo sustrae a su humillante yugo, y lo preserva de la corrupción. Nada, nada hay tan provechoso al hombre como un trabajo continuado que le absorba todo su tiempo, privándole de disponer de un solo instante para los goces groseros de los sentidos.

Pero ¿cómo ha de ser el trabajo, para que con él se realice este objeto y se cumpla la ley que nos lo impone? Hé aquí lo que se necesita examinar con algún cuidado, porque sobre este punto se forman, como sobre muchos otros, ideas equivocadas y hasta falsas.

En el uso común y en la vida práctica, se suele confundir la *acción* del hombre con su *trabajo*; y sin embargo, *obrar* y *trabajar* son cosas muy diferentes. Todo trabajo es acción; pero no toda acción es trabajo. Hay eso que se llama *hacer algo*, que se asemeja mucho a la pereza; hay acción para cuyo ejercicio no se trabaja: en prueba de ello el mundo está lleno de gentes cuya vida es una continuada acción perezosa, digámoslo así, que nada produce, ni reporta utilidad alguna. *Hacer algo*, o como dicen otros, *estar ocupado*, es para muchos no pasar la vida en una ociosidad absoluta, no estar enteramente inactivo, sino dedicar el tiempo a mil diversos objetos, más o menos frívolos que los que hemos indicado poco antes como los predilectos del hombre ocioso.

¿Qué es, pues, el trabajo? El trabajo, en su noción mas sencilla, es el esfuerzo del hombre contra el obstáculo, la lucha contra la dificultad. Cuando el hombre quiere hacer de sus facultades un uso provechoso y fecundo, encuentra en su naturaleza una fuerza que se opone al desarrollo de estas facultades; y es difícil que acometa alguna empresa noble y meritoria, sin que su acción se vea detenida por una barrera que le estorba el paso. Pues bien: trabajar es vencer esa fuerza, romper esa barrera. Esa fuerza y esa barrera no la oponen sólo la inercia de nuestra naturaleza y su resistencia al trabajo: se encuentra bajo mil diferentes formas en la educación, en las costumbres domésticas, en los hábitos de la sociedad, en las preocupaciones arraigadas en ella,

en las aprensiones que suscitan los hombres habituados a la holganza, en el temor de perder la salud, en la pretendida necesidad de descansar y dar esparcimiento al ánimo, en la conspiración perpetua de los desocupados contra los ocupados, que con sus visitas roban el tiempo y con sus seducciones roban la buena disposición del espíritu para el trabajo: se encuentra en las relaciones de sociedad, que reclaman nuestro tiempo en nombre de las etiquetas y los cumplidos, y de mil exigencias impertinentes con las cuales es preciso saber romper a costa quizá de desvíos, de disgustos y de sinsabores. Se las encuentra, en fin, en ese temor de aparecer raros ó extravagantes trabajando en medio de un mundo que huelga y sacrificándolo todo al trabajo, hasta nuestros afectos; temor que precipita a tantos en la rutina que siguen los demás, y que no puede vencerse sino con una fuerza de desprendimiento y desapego al mundo, mayor de la que por lo común se tiene cuando se vive en medio de él.

El trabajo, es pues, la acción del hombre que marcha, que obra, que produce a través de todos estos obstáculos, con el sudor de su rostro, con el cansancio de sus miembros y tal vez con la tristeza en el corazón. El trabajo es una pena: es la acción junta con el dolor; es el dolor mismo.

Hé aquí por qué en las lenguas humanas, las mismas palabras suelen servir para expresar el trabajo y el dolor. En la lengua romana, tan filosófica siempre y hoy tan cristiana, la palabra *labor* significa el trabajo y significa también el dolor. En la realidad de la vida, trabajo y dolor no son dos cosas distintas, sino una sola. Ciertamente que el trabajo produce goces desconocidos a la pereza, como el sacrificio produce goces desconocidos al egoísmo; pero si puede brotar la alegría del trabajo, no por eso lo constituye: la felicidad es fruto del trabajo; pero no es el trabajo mismo.

Algunos novadores modernos, viendo al hombre agobiado bajo el peso del trabajo, han acusado de crueles a la religión y a la civilización que consienten semejante cosa, y han dicho con cierto aire de convicción: «Nosotros vamos a hacer que desaparezca para siempre ese lúgubre fantasma: vamos a hacer que de hoy en adelante gozar y trabajar sean para el hombre una misma cosa.» Ya se ve: no podían negar abiertamente la ley del trabajo: eso era demasiado absurdo en una época en que esta ley se levanta más imperiosa que nunca; en que ha llegado a pretenderse que el mundo entero no sea más que un vasto taller, y todas las riquezas un acervo común, del que cada uno consuma sólo en la proporción de su trabajo: pero si no era posible tanto, era posible lanzar a este siglo, deslumbrado por tantas falsas teorías, el misterioso encanto de un trabajo que ocupe al hombre dulcemente sin fatigarlo nunca, semejante al del artista que pasea sus dedos sobre las cuerdas del arpa, produciendo melodiosos sonidos. Esta hipócrita inspiración, que tiende a cortar el trabajo por su raíz misma, y a crear bajo el nombre de trabajo organizado la organización de la pereza; ha producido no pocos males con su espíritu muelle y sensual, penetrando hasta el fondo de los colegios y casas de educación, é inspirando a la juventud el deseo de un trabajo que se convierta en mero entretenimiento, es decir, de un trabajo que deje de ser trabajo.

Por fortuna, la humanidad, después de oír, no sin emoción y asombro, esa maravilla del genio moderno, no ha podido menos de sonreírse desdeñosamente al ver pasar a su lado el error; y bajando su cabeza ante la ley del trabajo, ha dicho en sus adentros: «Estos hombres se burlan de mí. Desde los primeros días de mi vida, que cuenta ya sesenta siglos, me voy arrastrando, más bien que caminando, en pos de un trabajo fatigoso, que no concluye sino para volver a empezar. Esta ha sido la ley de mi juventud. Vivir en el trabajo y trabajar con pena: *in laboribus á juventute mea*. Hoy, como hace sesenta años, para que pueda vivir en mi destierro de este mundo, es preciso que brote el sudor de mi frente, y con él germine y fructifique la semilla que arroja mi mano. ¡Cuántas cosas se han mudado en torno mío en este tiempo! Mis ideas, mis costumbres, mis instituciones, todo ha variado; pero en esta perpetuidad de cambios inevitables, sólo una cosa no ha variado y permanece adherida a mí como una fatalidad de mi vida... El trabajo doloroso... Y ahora me dicen que dentro de poco *trabajar* será *gozar*. ¡Ah! quédense a un lado semejantes quimeras... Harlo bien conozco la realidad que se agita en mí, y sé que hasta que llegue la tarde de este día de mi vida y Dios me llame para darme mi salario, vivir será para mí un continuo *trabajar*, y trabajar un continuo *sufrir*.

Y no hay que retroceder ante esta idea que se presenta tan pavorosa. Al acercarse a ella con ánimo decidido y varonil esfuerzo, la veremos despojada de todo su aparato terrorífico, y sólo, hallaremos lo

que encuentra el hombre en todas las grandes leyes que regulan su existencia: el sacrificio como condición necesaria de todo gran resultado que se quiere conseguir, de todo gran premio que se quiere alcanzar. ¿Dónde se ha visto gloria, fama, triunfos y conquistas obtenidas sin trabajo? ¿Cómo queríamos cumplir sin él la ley eterna de nuestro eterno destino? ¿Cómo queríamos ganar en la holganza y en el regalo la corona de nuestra inmortalidad?

Por otra parte, esta ley del trabajo se halla tan íntimamente ligada con nuestra religión y con la historia de la humanidad, y es tan esencial para el desenvolvimiento del hombre y el bien social que después de aceptarla en nombre de la obediencia, es preciso amarla en nombre de Dios, de la humanidad y de nuestro propio bienestar.

ESTUDIO SOBRE LAS PASIONES

LA CÓLERA



A palabra *cólera* se deriva de una griega que significa *bilis*, porque los antiguos atribuían la cólera a la agitación de este fluido. Según ellos, ésta era una *pasión biliosa*; y no hace aún mucho tiempo que se la definía: «la agitación de una sangre biliosa que acude rápidamente al corazón.»

Horacio llama la cólera «una locura de corta duración: *ira, furor brevis*».

Tres siglos antes que él había dicho el poeta griego Filemón en una de sus comedias: «Todos somos insensatos cuando nos acomete la cólera.»

Según Aristóteles, «la cólera es el deseo de volver el mal que nos han hecho.»

Séneca define esta pasión: «una emoción violenta del alma, que voluntariamente y por elección se inclina a la venganza.»

«La cólera, dice Charrón, es una pasión loca que nos saca por completo fuera de nosotros, y que, buscando el medio de rechazar el mal que nos amenaza ó nos ha herido ya, hace hervir la sangre en nuestro corazón, y levanta en nuestro espíritu furiosos vapores que nos ciegan y nos lanza a todo lo que puede contentar el deseo que tenemos de vengarnos. *Es una rabia pasajera, un camino que lleva a la locura.*»

Según La Chambre, «la cólera es una pasión mixta, compuesta del dolor que se sufre por la injuria recibida, y del arrojo que se siente para rechazarla.»

Esta pasión, por desgracia tan común, ofrece una serie de grados, de los que los principales son la *impaciencia*, el *arrebato*, la *violencia*, el *furor*, el *odio* y la *venganza*.

La *impaciencia* es una disposición habitual a agriarse por la más pequeña contrariedad. Se manifiesta por una vivacidad inquieta é imperiosa, por palabras vivas y cortadas, acompañadas de movimientos en las piernas, y de una rápida contracción de los músculos de la cara. En lo físico como en lo moral, la impaciencia es un signo de debilidad. Se engaña groseramente el que dijo que la paciencia es *la fuerza de los débiles*; porque se necesita ser muy fuerte para ser siempre moderado y sufrido.

El *arrebato* es una propensión a irritarse al menor obstáculo, prorrumpiendo en gritos, en gestos amenazadores y en movimientos convulsivos, acompañados de injurias y amenazas.

La *violencia* no se contenta con las amenazas, sino que, más fogosa que el arrebato, se deja llevar a actos de brutalidad respecto a los que nos ofenden ó contrarían.

El *furor* es el último límite de la cólera. De todas las reacciones del alma que tienden a hacernos salir al encuentro del mal para rechazarlo, es, sin contradicción, el más impetuoso y el más excéntrico. La violencia puede aún calcular el peligro y la resistencia que tiene que vencer; pero el furor es enteramente ciego y no sabe hacer más que precipitarse sobre su enemigo, cualquiera que sea su superioridad, ó volverse contra sí misma cuando no ha podido apoderarse de él. La locura llevó a Ayax al suicidio; pero el furor lo había llevado a la locura.

El *odio* es una cólera prolongada, una *cólera crónica*. Aunque al parecer menos agitada que la cólera, no por eso fermenta esta pasión con menos fuerza; y el que es víctima de ella no tarda en sentir todos los efectos del dolor moral.

La *venganza* es, en cierto modo, la crisis del odio. Consejera funesta, corroe el corazón del desgraciado de quien se apodera, hasta que le procura el horrible goce de ver a su enemigo sucumbir bajo sus golpes. No es raro ver hombres tan devorados de la sed de la venganza, que para satisfacerla lo desafían todo, hasta el subir al cadalso. Al vengativo se le conoce, lo mismo que al envidioso, por su aspecto sombrío

su tez lívida y el enflaquecimiento general del cuerpo, cuando la pasión tarda mucho en satisfacerse.

Hay otra especie de venganza, pequeña, vergonzosa y pusilánime, que se nota particularmente en los niños, las mujeres y los ancianos; y es ese estado del alma que se entristece por no poder obrar contra una superioridad física ó moral.

De cuantas observaciones se hagan sobre las causas de la cólera se deducirá en último resultado que no hay ningún lugar, ni comarca, ni profesión exentos de la cólera, la más generalizada y por desgracia la más contagiosa también de las pasiones: por que de las demás, la mayor parte no atacan sino á los individuos aislados; pero la cólera se comunica en un instante á todo un pueblo.

Se ha observado hace largo tiempo que los animales débiles y endeble son mucho más propensos á la cólera que los seres robustos y bien constituidos. Y en esto hay motivo para admirar la previsión del Criador, que les ha dado esa tendencia como un arma defensiva, puesto que produce en ellos repentinamente una exaltación vital que les impide ser á

cada instante víctimas del más fuerte. Por lo demás, sucede en la debilidad moral como en la debilidad física: las personas de un espíritu mezquino y sin instrucción son por lo general más propensas á la cólera, porque su voluntad no tiene la energía necesaria para dominar los movimientos desordenados de esta pasión. Esta observación puede aplicarse sobre todo á los idiotas, en los cuales el doctor Belhomme ha hallado ochenta y seis individuos coléricos entre cada ciento, y sus arrebatos llegan por lo general hasta el furor.

Respecto á las causas determinantes de la cólera, no hay duda en que un sentimiento de justicia y hasta de compasión, puede producirla en las almas generosas y sensibles; pero no son éstas, por lo común, las causas que determinan esa terrible reacción de que vamos á ocuparnos, sino los obstáculos que se oponen á nuestros deseos, las heridas que se infieren á nuestro amor propio y á nuestra vanidad, á veces la embriaguez, y otras un instinto de conservación que nos incita á rechazar los peligros que nos amenazan.

Antes de pasar adelante, creo deber indicar otra causa en que la mayor parte de los moralistas no se han detenido lo bastante, y que sin embargo, produce violentos accesos de cólera en la primera edad de la vida: me refiero á la debilidad que tienen muchos padres en conceder á sus hijos todo lo que piden con gritos y movimientos de impaciencia. Desde que el niño llegue á comprender que este medio le produce el resultado de conseguir lo que desea, instintivamente continuará valiéndose de él: y si lo toma por hábito, ¿cómo podrá corregírsele cuando se haya convertido en una segunda naturaleza en vez de que se le hubiera podido desarraigar ó modificar notablemente con una educación sostenida desde la primera infancia? Nunca, pues, se tomarán medidas bastante enérgicas contra este despotismo de la debilidad.

Los síntomas de la cólera presentan diferencias notables entre los individuos, que, según parece, dependen en gran parte del carácter que más predomina en su organismo.

Los observadores han distinguido la *cólera roja* ó

RUÍNAS DE ESPAÑA.



CAPILLA DE SAN MIGUEL DE GUADALAJARA, LLAMADA DE LOS URBINAS.

expansiva, de la *cólera pálida* ó espasmódica: hay además una tercera especie, que participa de las dos.

Cuando los sujetos robustos y sanguíneos sienten el aguijón de la cólera, la sangre, que al pronto se agolpa al centro del cuerpo, se vé muy luego arrojada de allí y rechazada hacia la periferia: el corazón late con violencia, la respiración es acelerada, la cara y el cuello se llenan de sangre y se ponen encarnados; las venas se marcan sobre la piel, los cabellos se erizan, la mirada se anima y se inflama, y el globo del ojo, inyectado de sangre, parece querer salir de su órbita. Al mismo tiempo las narices se dilatan, y los labios, contraídos por el músculo labial, dejan entrever los dientes: la voz se enronquece, ensordecen los oídos; la palabra es

entrecortada, difícil ó exuberante, la espuma sale de la boca con la injuria, la amenaza y la blasfemia; y en fin, las fuerzas se desarrollan prodigiosamente y la postración ó flojedad muscular que acompaña á ese trastorno del alma y del cuerpo, es violenta, pero pronta: la pasión ha tenido ya su reacción y está satisfecha.

En los individuos débiles, en los que viven bajo el predominio del hígado ó del sistema linfático, la sangre, agolpándose igualmente á las vísceras, parece mantenerse en ellas: apenas se sienten los latidos del corazón: el pulso es débil y frecuente: la respiración difícil y sofocante: un sudor frío se difunde por todo el cuerpo: el semblante palidece: los ojos están fijos y las mandíbulas comprimidas: un temblor convulsivo agita sus miembros. Agobiados, por decirlo así, bajo el peso de su cólera, éstos desgraciados no pueden á veces ni moverse ni articular una palabra: pero su inmovilidad y su silencio son más temibles que la agitación, los gritos y la violencia de los sanguíneos; porque la crisis de esa rabia impotente, no está más que contenida y

aplazada. Verdad es que, en algunas almas nobles y generosas se transforma en indignación y en desprecio; pero lo regular es que la pasión, no habiendo tenido aún su reacción, pase al estado crónico y se convierta en odio; y el odio, á poco que se le excite, concluye casi siempre por la *venganza*.

La diferencia entre la fisonomía que presenta la cólera en estas dos clases de individuos, consiste en que en los primeros la pasión, obrando repentinamente sobre sí misma, se muestra en el exterior, al paso que permanece contrariada en los segundos, que por lo común no tienen bastante energía de reacción.

La cólera de los bilioso-sanguíneos participa de estos dos estados; concéntrica en el primer período del acceso, se muestra escéntrica en el segundo, inflamando todo el cuerpo: es como la pólvora, cuya explosión es tanto más terrible, cuanto más comprimida ha estado; ó como el arco, cuyas flechas van más ó menos lejos, según que la cuerda ha tenido más ó menos tensión.

Veamos ahora los efectos mórbidos que pue-

¹ Si á esto se añade que el enrojecimiento producido por la cólera empieza generalmente por los ojos, se comprenderá mejor quizá por qué la oftalmía crónica es incurable en las personas que se dejan llevar de continuos arrebatos de cólera, al paso que desaparece en las que tienen el valor necesario para domar su carácter.



de producir este trastorno universal de la economía.

Inmediatamente después de un acceso de cólera, no es raro que sobrevengan deyecciones ó vómitos biliosos, y aún á veces la ictericia y la hepatitis, y las hernias más ó menos voluminosas. La influencia de esta pasión sobre el hígado es tan grande, que

muchos nosologistas, tomando el efecto por la causa, han asegurado que la cólera tenía constantemente su origen en este órgano.

No es menos fuerte ni menos peligrosa la influencia de la cólera en el cerebro; siendo con harta frecuencia el triste resultado de esta pasión la síncope,

las convulsiones, la epilepsia, la apoplejía, la parálisis, la encefalitis y la manía furiosa. Así suele terminar, con especialidad en las mujeres irascibles después de suprimir bruscamente las evacuaciones sanguíneas, los flujos que siguen á los partos, y la leche.

COSTUMBRES VASCONGADAS.



LA FIESTA DE LOS CIEGOS EN LAS PROVINCIAS VASCONGADAS.

En fin, se ha visto muchas veces en los accesos violentos de cólera, formarse aneurismas en las arterias y el corazón, romperse y producir repentinamente la muerte¹ ó el aborto en las mujeres embarazadas.

«¿Cuál no será, dice Charron, el estado del espíritu en el interior, cuando es tal el desorden que

Baviera murieron de resultados de accesos de cólera. En nuestros días, el furibundo Marat tenía el pulso constantemente febril, y Robespierre padecía hemorragias nasales que llenaban su cama de sangre casi todas las noches.

produce en el exterior! La cólera, en su primer empuje, echa fuera y arroja lejos de sí la razón y el juicio, para que le quede libre todo el espacio; después lo llena todo de fuego, de humo, de tinieblas y de ruido, semejante á aquel que echó al amo fuera de la casa, le pegó fuego y se quemó vivo dentro de ella; y también como un buque que no tiene

¹ Sila, Valentiniano, Nerva, Wenceslao é Isabel de

tímón, ni patrón, ni velas, ni remos, y que anda corriendo fortuna á merced de las olas, vientos y tempestades en medio de un mar proceloso.

»Grandes son sus efectos, y á veces bien miserables y lamentables. En primer lugar nos impulsa á la injusticia, porque se excita y estimula con la oposición justa y con el conocimiento que se tiene de haberse irritado sin razón. Se excita también por el silencio y la frialdad, porque se cree que tanto uno mismo como su cólera, son objeto de desprecio; y esto sucede particularmente á las mujeres, las cuales se irritan para irritar á los demás, y llevan su cólera hasta la rabia, cuando ven que los demás no se dignan aumentar su cólera. Así se muestra bien claramente que la cólera es una bestia feroz, puesto que no se deja seducir y atraer, ni por la contrariedad, ni por las excusas, ni por la indiferencia, ni el silencio. Es también injusta, porque quiere ser juez y parte, y se vuelve contra todos los que no le prestan asentimiento. Además, por su inconsideración y atolondramiento nos arroja y precipita en grandes males, y con harta frecuencia en aquellos mismos de que nosotros huimos ó que causamos á los demás: *dat paenas dum exigit*¹. Esta pasión se asemeja á las grandes ruinas, que se rompen sobre aquello mismo en que caen: desea tan violentamente el mal de otro, que no cuida de evitar el suyo. Nos liga, nos arrastra, y nos hace decir y hacer cosas bien indignas, vergonzosas y feas. Y en fin, nos arrebatamos de tal modo, que nos obliga á hacer cosas escandalosas é irreparables, asesinatos, envenenamientos, traiciones, de que se siguen luego grandes arrepentimientos; testigo Alejandro el Grande, después de dar muerte á Clito, lo que hacía decir á Pitágoras, que el fin de la cólera es el principio del arrepentimiento.

Si consideramos la cólera en sus relaciones con la criminalidad, hallaremos que de 1.000 crímenes de envenenamiento, de asesinato ó de incendio, 264 han procedido de odio ó de venganza, 143 de disensiones domésticas y odios entre parientes, 113 de disputas en el juego ó en otros parajes públicos, y en fin, 94 de disputas y encuentros casuales: resultado verdaderamente aterrador, y que nunca se pondrá demasiado patente á los ojos de las personas que no procuran moderar la violencia de su carácter.

En Francia, sólo en el año de 1838, los tribunales tuvieron que conocer de 238 acusaciones de crímenes emanados de la cólera, el odio y la venganza; á saber: cuatro envenenamientos, 61 incendios, 104 asesinatos, 41 muertos y 28 homicidios involuntarios. Los mismos motivos produjeron 243 crímenes en 1839, 246 en 1840, y 234 en 1841. Y en estas cuatro cifras no están comprendidos los crímenes que resultaron de riñas en la taberna y en el juego, ó de encuentros y reyertas casuales, que fueron en 1838, 103; en 1839, 119; en 1840, 112, y en 1841, 105.

De todas las pasiones innatas, dice Marc á este propósito, no hay ninguna cuyos actos den más ocupación á los tribunales, que la cólera. En efecto, ninguna otra pasión puede producir con más facilidad una inmediata perturbación en todo el organismo, ni hace al hombre más semejante á un maniático que la cólera cuando llega al extremo que indicamos. *Ira furor brevis*, ha dicho Horacio; y esta máxima ha atravesado los siglos sin que haya podido ponérsela en duda.

M. DESCURET.

LAS RUINAS DE NUMANCIA²

[Muertos sí, dijo; pero esclavos no!...]

(ARRIAZA.)

¡Luto y desolación!... ¡ásperas breñas,
Restos informes de ciclópeos muros,
Peñascos en sus bases inseguros,
Negras cenizas, calcinadas peñas,
Ruinas y soledad!... Triste la luna
Cadavérica luz lenta destila
Inundando de pálidos colores
Y fúnebres espectros la pupila:
Del caudaloso Duero los rumores,
El silencio al turbar que me rodea,
Aumentan de este campo los horrores
Do el cetro de la muerte señorea.

¹ Para preservarse de la cólera, dice Séneca de quien Charron toma esta cita, es preciso representarse una y otra vez los males que vienen en pos de ella, y pensar que *casi siempre se castiga á sí misma queriendo vengarse*. Por otra parte, añade, la venganza con nuestros iguales es arriesgada, con nuestros superiores es una locura, y con nuestros inferiores es una baja.

² Esta poesía obtuvo el premio del Excmo. Ayuntamiento de Burgos en los últimos *Juegos Florales* de la antigua capital de Castilla.

Allá en la cima, del fulgor bañado
Que las nocturnas sombras agiganta,
De seculares musgos coronado
Austero se levanta
Negruzco murallón: él solo enhiesto
La pavorosa soledad domina,
Quizá de un templo mutilado resto
Do al *Dios sin nombre* adoración prestaba
El bravo Pelendón: de los valientes
Presta á la tumba generoso abrigo
Y anuncia á los vivientes
Los altos hechos de que fué testigo.

¡Aquí Numancia fué!... la árida tierra
Que contempla mi vista consternada,
En sangre de sus héroes empapada,
De tanta gloria el monumento encierra:
En titánica guerra
Con el orbe luchar fué su destino
Abandonada y sola;
Pero tuvo á Megara y á Caurino,
Y al yugo nunca á someterse vino
Porque supo morir: ¡era española!

Fijó en ella sus ojos codiciosos
La insaciable ambición, la tiranía
De los hijos de Rómulo orgullosos,
A quien temblando el mundo obedecía:
Y al arrojar sobre ella las legiones
Que á su triunfal carroza sujetaran
Las bárbaras naciones,
Valientes corazones
A su veloz carrera se opusieron,
Y al pie de aquesos derrumbados muros
Defendidos por almas sobrehumanas
Su vuelo detuvieron
Las altaneras águilas romanas.

¡Vedle!... Ronca la voz, el rostro airado,
Alta la frente, de color tostado,
En la mirada eléctrico destello,
Respirando furor, guerra y venganza,
Desnudo el pecho de sudor bañado,
Pálida la color, yerto el cabello,
Vibra Megara la potente lanza:
Frenética en pos de él corriendo avanza
Confusa multitud; niños, ancianos,
Nobles mancebos de ardorosos pechos,
De su patria á lidiar por los derechos
En unánime son gritando: ¡guerra!...
Y el rudo grito que en los aires zumba
De llano en llano va, de sierra en sierra
Y en la gruta de Idúbeda retumba
Que al león español dormido encierra.

Álzase al punto: sus ardientes ojos
En torno vuelve, con furor se agita,
Corre, salta á la lid, se precipita,
Llega á los campos de la sangre rojos;
Entre rotos despojos
Hunde con furia la temida garra,
Postra, mata, destroza
Y el pecho de las águilas desgarras.
De sanguíneos vapores circuido,
Arranca, sacudiendo la melena,
Del hondo pecho aterrador rugido
Que en la ciudad de Rómulo resuena;
Del panteón las bóvedas atruena,
Y conmueve de Júpiter el solio;
Del Foro los tribunales palidecen,
Las columnas del alto Capitolio
En sus bases de mármol se estremecen.

República sin fé... ¿no has comprendido
Que los pechos hispanos
Mueren por el solar donde han nacido
Antes que el pie besar de los tiranos?
Con ellos sin cesar has combatido,
Aun salpica tus manos
Con miserables artes derramada
Sangre de sus indómitos hermanos.
Viriato, el generoso bandolero,
Viriato sucumbió: mejor destino
Le diera un pueblo hidalgo y caballero:
Mas tú, al romper su pecho diamantino,
Tu honor quisiste mancillar primero,
Y arrojaste la espada del guerrero
Por blandir el puñal del asesino.

Tiembla, infame ciudad: vengar su muerte
Han jurado los hijos de Numancia;
Y si del cielo irrevocable suerte
Les condena á morir, con arrogancia
El duro golpe sufrirán del hado;
Que también han jurado
Con heroico ardimiento
Al pie de los altares
Antes lanzar el postrimer aliento
Que su patria vender y sus hogares.

Sí, pueblo infame, sí: llama y congrega
Tus huestes mercenarias
Por el placer y el fausto envilecidas:
Africa, Europa, á tu poder rendidas,
El mundo entero que te rinde parias
Soldados te darán: con ellos corre,

Allí Numancia está: firme te espera
Sostenida por almas varoniles:
De tus tropas serviles
Sus campos llene inmensa muchedumbre,
En polvo caiga el deleznable muro
Al golpe de tus máquinas deshecho,
Mas de victoria al preludiar el canto,
Al numantino mira con espanto,
Donde el muro cayó, poner su pecho.

Cinco lustros de lucha gigantea
Los héroes de mi patria sostuvieron;
Jamás sus enemigos consiguieron
La espalda verles en la atroz pelea;
Ríos de sangre sin cesar corrieron,
Y Pompeyo y Popilio avergonzados
Vieron huir temblando á los soldados
Que indomables provincias sometieron:
El mísero Mancino
Entre inmenso pavor supersticioso
Cedió al valor del bravo numantino;
Su pacto vergonzoso
Rasgó la infame Roma; y á Numancia
Por presa le entregó: pero aquel pueblo
Mostró al infiel perseguidor odioso
Que al perdonar al infeliz caudillo,
Era, cuanto valiente, generoso.

Y Roma vió sus bravos campeones
Que al acercarse á la ciudad temblaban
Y que envueltas en sangre sus legiones
Por los campos céltiberos rodaban:
Vástago de los nobles Escipiones,
El que entre ruinas sepultó á Cartago,
Pálido de furor, si ella de miedo,
Le presentó su espada y su denuedo
Para hacer en Numancia igual estrago.
Llegó y tembló también... la firme lanza
Que el numantino intrépido blandía
Mas de una vez con general matanza
Por sus huestes sin fin paso se abría...
Mas ¡ay! que la dulcísima esperanza,
Muere, que á los valientes sostenía:
Del hambre sienten el tremendo embate,
Monstruo que en la ciudad sus alas bate.

España ¿dónde estás?... ¿cómo no esgrime
La fuerte lanza tu robusto brazo?
¡La hija alimentada en tu regazo
Sola combate con valor sublime!
¡Ay!... que oprimida entre cadenas gime
La noble patria, adormecida, yerta;
Ni del león el hórrido rugido
Del letárgico sueño la despierta.
Lúcia le oyó: sus hijos valerosos
A combatir volaron
De Caurino inmortal al firme acento:
La sangre de sus pechos generosos
Derramaron cubriéndose de gloria,
Y esa sangre al caer, eterna mancha
Del valiente Escipión grabó en la historia.

Llegó el día fatal: tras su caudillo,
Del sol que muere al vacilante brillo
Ebrios los héroes á lidiar salieron
Y entre las haces de Escipión se hundieron
Con loco frenesí: desalentados,
Nada esperaban ya, nada temían,
Solo á morir corrían,
Solo á morir, pero á morir vengados:
Cual rápidos torrentes desbordados
Que entre la espesa bruma,
Entre el bullir de la revuelta espuma,
Al través del Océano se adelantan
Y de sus olas el furor quebrantan,
Ellos así desesperados corren,
Desesperados gritan,
De hirviendo sangre enrojando el llano,
Sobre el inmenso ejército romano
Con ímpetu feroz se precipitan.

Horror, desolación, muerte y estrago,
Gritos de guerra y de furor ardientes,
Lamentos de dolor, sangre á torrentes,
No hay lanza sin herir ni golpe en vago;
El polvo y el sudor cubren las frentes,
Y entre el sordo silbar de las saetas,
Los valientes atletas

Esgrimen, hieren, matan,
Cargan, rompen, dispersan, desbaratan.

Ebrios de sangre ya, con el acero
De espumante licor y el brazo tinto,
A retirarse vuelven al recinto
De la noble ciudad: horrible idea
En su encendido corazón germina:
Muerta en ocaso ya la luz febea,
Cuando la noche en la ciudad domina,
Corren blandiendo la incendiaria tea
Que de su rostro y talla gigantea
Las escuálidas formas ilumina.

¡Noche de horror!... revueltas espirales
Suben al cielo de rojiza llama,
Y se extiende en cortinas colosales
Girando á los impulsos desiguales

Del ronco viento que en los antros brama:
Gritos se escuchan por la muerte ahogados:
Acá brillan espadas y puñales,
De esposas, padres, hijos en el seno
Se clavan sin piedad: allá en las manos
Frenéticas brillar se ve la copa
Do hierve sin cesar letal veneno:
Se oyen graznar las aves carniceras
En las vecinas cumbres,
Chispas lanzar en alto las hogueras,
Desplomarse crujendo las techumbres.

Corre, Escipión; en la ciudad desierta
No hay un solo valiente ni una espada
Que se cruce ante tí: de sangre helada,
De ruinas y ceniza está cubierta;
Es de muerte y silencio la morada
Nunca hasta aquí para tus pies abierta:
¡Triunfa!... ¿de quién?... tu intrépido enemigo,
Al entregar á su puñal la vida,
Por no perder su libertad querida,
En la tumba también la hundió consigo.

Noble ciudad: mi enardecida frente
Ante tu inmensa ruina
Con entusiasta admiración se inclina:
¡Por mis venas también corre un torrente,
Un torrente de sangre numantina!...
Dormid, héroes, dormid: si algún insano
Osa ultrajar el pabellón hispano,
Se alzaré vuestra imagen refulgente
A enardecer el pecho del valiente,
A atormentar los sueños del tirano.
¡Aquí, Numancia, estás!... ásperas breñas,
Restos informes de ciclópeos muros,
Peñascos en sus bases inseguros,
Negras cenizas, calcinadas peñas:
El silencio do quier; do quier la muerte:
Ni el triste buho entre sus ruinas gime,
Ni un monumento sus hazañas cuenta:
¡NUMANCIA FUE!... más grande y más sublime
En su terrible soledad se ostenta.

FR. CONRADO MUIÑOS SAENZ,

Valladolid.

Agustino Filipino.

PASIONARIA

(LEYENDA POPULAR).

I

DE la rapaz dominación cartaginesa, de su paso por España no nos queda á estas horas ni un sólo monumento: hasta las ciudades que fundaron, Barcelona, Cartagena, Peñíscola, han perdido de tal suerte el sello de su primitivo origen, que si la historia de Roma no hubiera dejado en sus páginas la narración detallada de las *Guerras púnicas*, fuera difícil, imposible tal vez, que nadie — ni aún el más profundo observador — pudiera decir con seguridad:

— Por aquí pasaron los hijos de Cartago.

¿Qué más? Ni el codicioso espíritu del siglo ha podido hallar aquel copioso manantial de riquezas conocido con el célebre nombre de los *Pozos de Anibal*.

Solamente las cenizas de Amilcar y Asdrúbal han podido, hasta hace algunos años, despertar en nuestra mente el recuerdo de aquellos indomables rivales de la conquistadora del mundo, vencidos para siempre en la batalla de Zama.

Del yerno de Amilcar Barca, del dulce Asdrúbal, del que asesinó al pie de los altares un esclavo del príncipe lusitano Tago, quedó hasta la pasada guerra civil de los siete años un notable recuerdo: la *Torre de Asdrúbal*.

En esa torre — que hoy no existe — dormían el sueño eterno los huesos del general cartaginés, fundador de la *Cartago Nova*, hasta que la mano de un soldado español, volando el antiguo monumento histórico, aventó los despojos del insigne guerrero, no dejando de su mansión sepulcral otra cosa que un puñado de ruinas que la labor incesante de los años va borrando.

En los momentos que escribimos estas líneas ya es harto difícil señalar el sitio de su emplazamiento. Mañana, tal vez, no quedará ni la memoria.

II

La *Torre de Asdrúbal* tiene una tradición y una leyenda. Aquella se remonta al reinado de Enrique III el Doliente; ésta es casi de nuestros días.

Pero las dos tienen un punto de contacto, y aunque de distinta índole, parece que la una se ha desarrollado al calor de la otra.

Mejor dicho, que de las cenizas de la primera ha brotado — pero más llena de poesía — la segunda.

III

La raza judaica tuvo en España una época de felicidad, que los huérfanos de patria no habían conocido desde el momento que Tito al frente de las legiones romanas los arrojó para siempre de la ciudad de Salomón, de la deicida Jerusalén.

Así vemos en tiempo de Alfonso XI al judío don Yusuph de tesoro del rey, y á Manuel Leví desempeñando igual cargo junto á Pedro I, ese monarca de Castilla, sobre el cual no ha dicho todavía la Historia su última palabra, manteniéndose aun sin resolver este problema histórico: ¿fué cruel ó justiciero?

De repente se anubla la buena estrella de los judíos, su desmedida avaricia la hacen acreedora al encono del pueblo español y la horrible matanza de Toledo — precursora de su total expulsión — da la señal, que en breve, es secundada en Aragón, en Córdoba, en Burgos, en Valencia, cuyas *Juderías* presencian la hecatombe de el pueblo deicida sobre el cual pesa la más tremenda de las maldiciones.

Dice la tradición — tal vez desvirtuada al pasar por el tamiz de los siglos — que después de la matanza de Toledo se refugió en la *Torre de Asdrúbal* una familia judía, que se dedicó desde los primeros momentos de su instalación á la más escandalosa usura.

El macizo edificio estaba entonces como siempre abandonado, y más de una vez había recibido la visita de los soldados de la Santa Hermandad, pues por su situación topográfica era de lo más abonado para servir de refugio á merodeadores y gente *non sancta* de que tan pródigos se mostraban los despostrados por aquellos revueltos tiempos, en que por muerte de Martín el Humano, de Aragón, se presentaban tantos pretendientes á su corona.

Habiase echado de ver que todos los años, por Semana Santa, faltaba, ó de los pueblos ó de las masías inmediatas á la torre, una niña de cuyo paradero no se volvía á tener noticia, y el vulgo comenzaba á señalar la mansión del judío como el antro donde para siempre se perdían aquellos seres desdichados.

La Semana Santa de 1412, cúpole á un rico vecino del Villar del Arzobispo, lamentar una de tan sensibles pérdidas.

Era su hija única, y el desventurado padre no se dió punto de reposo para hallar aquel retoño de su corazón.

El baile de Liria, el regidor de Chelva, cuantos por aquellos contornos representaban el principio de la autoridad y de la justicia, pusieron en movimiento sus esbirros y cuadrilleros, pero todo fué inútil.

La niña no parecía.

Entonces tomaron cuerpo las sospechas del vulgo en la imaginación de aquel padre infeliz, y lo que consejos y cuentos de vieja le habían parecido siempre — presentósele á la vista como espantosa realidad.

Y tanto pudo esta idea en su imaginación, que para él ya fué indudable: su hija estaba en la *Torre de Asdrúbal*.

Y una noche, la del Viernes Santo, tras prolijas precauciones penetró en el desmantelado torreón, seguido de valerosos cuadrilleros y gente armada.

Y en una espaciosa cuadra de la torre, á la sombra de unas cuantas teas colocadas en los ángulos de la estancia, en medio del más imponente silencio pudieron ver...

IV

Al viejo *Rabi* — porque lo era — de pie, teniendo delante un ejemplar del Talmud cuyos párrafos leía con sorda voz á infinidad de hombres de su misma raza, y en uno de los ángulos de la medrosa habitación el cadáver de la perdida niña pendiente de una cruz.

Un grito de rabia y un alarido de espanto se oyeron casi simultáneamente, y después ayes, gemidos, imprecaciones, choques de espadas.

Entre judíos y cristianos, entre los verdugos y los deudos de las víctimas se había entablado una lucha no menos encarnizada que breve.

Aquel puñado de isrealitas debía sucumbir á las iras de aquel otro puñado de hombres sedientos de vengar pasados y presentes crímenes, y la matanza hubiera continuado si entre el general degüello no se dejara oír la voz solemne que había de contener los aceros de los vengadores.

La elocuente palabra de un virtuosísimo fraile dominico á quien la iglesia había de venerar, mas tarde, como á uno de sus santos. San Vicente Ferrer cubrió al resto de los hijos de Israel con el manto de su piedad.

Desde aquel día cada grieta del torreón se convirtió en un microscópico jardín que producía todos

los años, por Semana Santa, una flor hasta entonces desconocida, y en cuyas hojas se hallaban esmaltados los atributos de la Pasión.

Por eso se llamó *Pasionaria*.

V

La poética imaginación de los valencianos, herederos en esto — como en muchas otras cosas — del espíritu y carácter de los árabes ha abultado acaso el hecho, pero lo que sí tiene mucho de verosímil es la presencia de San Vicente Ferrer conteniendo las iras de los matadores; pues la historia nos recuerda que en la *Judería* de Valencia su voz, sus predicaciones, sus frases de perdón hicieron que el pueblo cristiano respetara la vida de los amenazados secarios del Talmud, y de estos fueron infinitos los que por su propia mano bautizó.

La *Torre de Asdrúbal* se levantaba á unas dos leguas escasas de Chelva, en aquella parte de territorio que separa á Valencia de Aragón, y en 1012 se verificó el tan célebre *Compromiso de Caspe*; y no hay que olvidar que á él asistió el Santo, y que al influjo de su elocuencia debió su elección para ocupar el solio aragonés el desinteresado tutor de Enrique III, conocido por el nombre de D. Fernando el de Antequera.

De cualquier modo, la tradición le ha hecho actor del drama de la *Pasionaria*.

Respetemos la tradición.

VI

Las circunstancias, más que la voluntad, imprimen á veces determinado movimiento á la imaginación, y, deplorándolo, vamos á relatar uno de esos hechos tan frecuentes en nuestras contiendas civiles, ya que á su relato nos empuja el desastroso fin de la *Torre de Asdrúbal* por un lado, y por otro el empeño de referir el sencillo episodio, que aun habiendo calificado de leyenda, tiene tanto de dolorosa historia: 1833 inicia un período de desventuras para España que de etapa en etapa ha llegado hasta nosotros, hoy tan sangriento como ayer, mañana... ¿quién es capaz de vaticinar lo que será mañana?

La guerra civil de los siete años ardía en Valencia, como casi en el resto de la Península, ora señalándose con victorias como la de Maella para las armas de Carlos V, ora con derrotas tan desastrosas como las de Chiva.

El valor no era patrimonio exclusivo de ninguno de los opuestos bandos.

Pero en la Cuaresma de 1840 la causa de D. Carlos estaba espirando, celebrado ya el Convenio de Vergara.

Solo el aliento de Cabrera mantenía unos cuantos batallones en el Centro, solo la bravura de aquellos voluntarios era capaz de continuar la guerra en las desventajosas condiciones que lo hacían.

Espartero lo había dicho: eran dignos de mejor suerte.

— ¿Qué hay, Pasionaria? — preguntaba un maltrecho oficial de los Guías de Aragón á una pobre niña, en cuyo pálido rostro había impreso el dolor las terribles huellas de su paso.

— Nada, señor oficial — respondió la niña — nada.

— Eso es muy poco.

— Que os váis todos, que os váis como se fueron mis padres y que concluiréis por dejarme sola.

— ¿Sola?

— Nó, me dejáis con Dios y mi muñeca — y el angelito estrechaba entre sus flacos brazos un hermoso juguete lindamente vestido, hasta formar un extraño contraste con la miseria de su tocado.

— Y dime, Pasionaria — volvió á preguntar el oficial — ¿no nos cuentas nada de nuevo?

— Que vienen los soldados del general Iriarte.

— ¿Dónde les has visto?

— En Liria.

— ¿Tan cerca?

— Mañana entrarán en Chelva. Y adios, que me voy.

— Y la niña emprendió de nuevo su camino sin que nadie pretendiera molestarla.

— ¿Quién era? Ni ella misma lo sabía.

VII

Ignoraba si eran ó no sus padres dos ancianos que de su niñez habían cuidado, dejándola por única herencia — cuando en breve espacio murieron uno tras otro — la gigantesca muñeca que con tanto amor la hemos visto abrazar, y que para la pobre niña había llegado á ser casi un culto.

Su morada era un rincón de la solitaria torre donde, como otros muchos pájaros — acaso no tan libres como ella — habían hecho su nido; su manera de procurarse el diario alimento, irlo á buscar de mañan

masía, de pueblo en pueblo, de destacamento en destacamento.

Y nadie se lo negaba.

En cuanto á su nombre — que á fuerza de oírlo había perdido la memoria de tener otro — se lo habían dado los vecinos de aquéllos alrededores, porque entre caricia y caricia que prodigada á su muñeca, cantaba invariablemente una copla, cuyo principio era:

Pasionaria, pasionaria,
disimula tu pasión;

y este nombre lo habían encontrado perfectamente aplicado lo mismo los partidarios de Isabel que los de Carlos V, porque la niña siempre que por delante de la Torre pasaba una columna, obsequiaba á oficiales y soldados sin distinción de parcialidades con flores de Pasionaria de que tan pródigos continuaban mostrándose sus vetustos muros.

Pasionaria era, pues, un ser inofensivo, y digámoslo, también: querido de todos.

Su pasión era su muñeca.

Lo cual no es extraño.

Las niñas conocen por una intuición admirable cuál es su destino sobre la tierra.

Con la muñeca aprenden á ser madres.

Y las cuidan con la misma solicitud que éstas á sus hijos.

Las prodigan las mismas caricias y las visten con idéntico esmero.

Como hay pocas madres desnaturalizadas capaces de asesinar á sus hijos, hay pocas niñas capaces de romper sus muñecas.

La muñeca no es un juguete, es una necesidad.

De ahí la veneración de Pasionaria por la suya, á la que después de engalanar con sus más frescas flores, y arrullándola cariñosamente, mientras á lo lejos se oía el estampido del cañón, cuya metralla había de segar tantas vidas, dirigía su conmovida voz, y recordando, acaso, su soledad exclamaba:

— No te mueras tú.

VIII

El reloj del tiempo marcó su última hora á la Torre de Asdrubal.

La noche antes, la pequeña Pasionaria había experimentado una pérdida cruel: la de su muñeca.

Aquella alondra de los campos de Chelva no tenía ya con quien partir su alegría; había salido en busca de pan y había vuelto sin aquel juguete que era la mitad de su vida.

— Ahora — se decía — que había conseguido tener pasionarias rojas, ahora...

Y la desventurada no sabía decir si se le había muerto ó perdido su tan querido pedazo de pintado cartón.

¡Pobre niña!

Durante la noche sus ojos fueron fuentes, sus labios de por sí pálidos se tornaron cárdenos, su cabecita se movía incesantemente, con ese movimiento propio de los que sufren, que parece querer decir: — Es imposible que me resigne.

Cuando amaneció, los pájaros, sus compañeros, fueron á saludarla y no les contestó; las flores, objeto de su predilección, la enviaron sus perfumes y no quiso recogerlos.

Seguía acurrucada en su rincón, moviendo la cabeza y cantando á media voz su invariable copla:

Pasionaria, pasionaria,
disimula tu pasión.

Y la abandonada niña ni siquiera oía que bajo sus pies se preparaba una catástrofe.

En efecto, el general Iriarte — y este no es ciertamente el lugar propio para juzgar aquel acto militar — había dado orden á sus zapadores de que voláran el antiquísimo torreón.

Los soldados encargados de la devastadora misión no ignoraban que aquellos viejos muros servían de albergue á la simpática huérfana. Pero estar allí y no salir á presentarles la habitual ofrenda era imposible.

Todos lo hubieran jurado.

Así, abrieron la mina, cargaron la cámara, inflamaron la mecha, y...

Algunos segundos después lo que fué panteón del guerrero de Cartago, era un informe montón de ruinas.

No lo aseguraban; pero algunas horas más tarde conservaban los zapadores algo parecido á memoria de que ya encendida la mecha, y pocos instantes antes de la explosión de la mina y derrumbamiento de aquella maciza mole, había salido por una tronera de la torre, un como canto fúnebre del que solo percibieron algunas notas.

¿Quién sabe?

Acaso el eco de la última copla de Pasionaria.

que halló sepulcro en las ruinas de otro. Que así terminaron, en un mismo momento, una niña á quien el dolor había vuelto loca, y un monumento á que los años habían impreso el carácter de sagrado.

MARTÍNEZ PARRA.

EL MÁRTIR DE UN SECRETO

histórico

POR RAUL DE NAVERY

IX

CAIN Y SETH

Estaba el sacerdote en el altar.

Acababa de leer la epístola. Volviéndose hacia los fieles antes de subir al púlpito, su mirada fué como atraída por otra mirada.

Todos hemos sentido esta influencia de una voluntad extraña. Todos á nuestra vez la hemos impuesto. Nos ha sucedido el sentir que pesa sobre nosotros una mirada cuyo invisible rayo nos turba. Algunas veces es en un sitio público, en una sala inmensa, en un gran teatro. Se quiere que miremos, y miramos en efecto, á pesar nuestro, porque una voluntad obra sobre la nuestra. Nada importa qué nombre se dá á esta influencia. Por más que resistamos, es menester ceder.

El sacerdote que bajaba los escalones del altar y se dirigía al púlpito, levantó los ojos á pesar suyo, y sus pies quedaron clavados en el suelo. Hugo Peacock estaba allí en la primera fila de los fieles.

Hacia un mes que había pasado la sangrienta catástrofe en el camino de la casa de Margarita. El asesino no se había puesto enfrente del hermano de Dunstan, desde la hora de su terrible confesión.

El sacerdote esperaba que el miserable, tranquilizado sobre la inviolabilidad del secreto que le sería guardado, evitaría el encontrarlo. La presencia de Hugo en la iglesia lo aterró, la actitud de este hombre era ni la del cristiano que viene con la fe en el corazón, á cumplir un deber sagrado, ni la de un culpable que manifiesta al Señor la úlcera de su alma.

Hugo estaba de pie, la cabeza erguida, la mirada fija, los brazos cruzados. Parecía desafiar al mismo tiempo á Dios y á su ministro. Además, había dicho cínicamente á Fritz-Roy que no se arrepentía, y que no entraba en el confesonario sino para garantizarse de algún modo del tribunal civil.

Si no se arrepentía de su crimen, ¿qué venía á hacer en el templo?

El pobre sacerdote no había creído jamás que podría todas las semanas encontrarse faz á faz con ese miserable.

A pesar del imperio sobre sí mismo, se estremeció. Sus feligreses, que le seguían con mirada respetuosa y enternecida, observaron su gran emoción. Por la primera vez después de la muerte de Dunstan, el cura se había encontrado con fuerzas para hablar. No podía privar á sus feligreses del pan de la palabra santa. ¡Se imaginaba haber triunfado de su angustia, cuando apareció el autor del espantoso crimen, el hombre que hacía llorar á su madre, que era la causa que el sacerdote irlandés llevase una sotana manchada con la sangre de su hermano! Subió el cura tambaleándose la escalera del púlpito, hizo la señal de la Cruz y se recogió.

No diremos que pronunció un discurso ni que hizo un sermón. Habló á estos cristianos de la tribulación de sus miserias, enseñándoles á ponerlas á los pies de la Cruz. Tuvo compasión de sus males, los dulcificaba probándoles cuán bien los conocía. Mientras que hablaba se ensanchaban los pechos, se ponían húmedos los ojos, y cuando el sacerdote bajó del púlpito, los fieles lo seguían con una mirada de agradecimiento. El cura Fritz-Roy redobló su fervor durante el resto de la misa, y sin embargo, una violenta impresión lo conmovió. En el momento de elevar la Hostia á las miradas del pueblo prosternado, Hugo se quedó de pie, Hugo cuyos ojos no se separaban de él. Terminado el santo sacrificio, el sacerdote entró en la sacristía; y mientras que un monaguillo arreglaba las sobrepellices y las albas, el cura trataba de volver á entrar en posesión de sí mismo.

De costumbre encontraba á sus feligreses agrupados en el cementerio y aprovechaba este momento para dirigirse particularmente á cada uno de ellos, informándose de sus negocios temporales, de la salud de sus hijos, haciéndose amigo, después de haber sido padre.

Se le consultaba para una dificultad grave, ó se le daba gracias por un consejo dado.

Eran sus juicios, caritativos, juicios en los que no se condenaba á nadie, ni aun á los frágiles.

Owen, dijo á un hombre que parecía abusar de la Ginebra y aguardiente que despachaba á sus

parroquianos, me parece que podríais cerrar más temprano la taberna, todo el mundo ganaría en ello; veláis hasta muy tarde y mis pobres hijos se arruinan en vuestra casa.

— Qué queréis, señor, hace tanto frío, la Ginebra calienta; cuando uno no tiene ni patatas, es menester alegrarse un poco para olvidar que se tiene hambre.

Y como el sacerdote lo miraba con triste severidad.

— Lo haré, lo haré, señor, habéis velado á mi pobre padre, que en gloria esté. ¡Caramba! No lo olvido.

En este momento un terrateniente lívido, cuya tez daba lástima, se acercó al cura. Le seguían cuatro niños, pobres esqueletos cuyos huesos se traslucían bajo la piel amarilla y blanda.

— Todos os dan gracias, señor... No habían comido patatas hacía dos días los angelitos... ¡Ay! Los pájaros de Dios se alegran de encontrar su sustento en los campos... Pat, el miserable Pat no puede alimentar á sus hijos desde que Paddy ha muerto.

— Volved mañana á Tierras Bajas, dijo el cura.

El sacerdote se encontró entonces entre un grupo numeroso. De repente un hombre se abre paso á codazos, y poniéndose en primera fila:

— ¿Estáis bueno, señor cura? le preguntó.

Este hombre era Hugo Peacock.

Esta vez el sacerdote sintió que una legítima cólera le subía al corazón, sus labios se movieron, su mirada tan benévola hacía un instante, se levantó indignada sobre el miserable. Pero pareció que Hugo de nada se apercibió. Y con voz cautelosa:

— Quisiera, señor, consultaros sobre una cosa delicada, dijo. ¿Tendríais la bondad de escucharme?

Hugo, de ordinario no era un hombre escrupuloso y muchas personas podían extrañar que en esta circunstancia tuviese un remordimiento. Pero el cura acababa de hablar sobre la caridad de un modo tan elocuente, había elevado tanto el perdón, y puesto á los misericordiosos tan cerca de Dios, que aprovecharon esta ocasión para poner en práctica el precepto divino.

— Venid, dijo el cura.

Los dos hombres pasaron junto al sepulcro de Dunstan. Hugo no pareció conmoverse.

— ¿Qué me queréis? le preguntó el sacerdote.

— Quiero recordaros vuestra palabra.

— ¿He faltado á ella?

— No, pero no obráis conmigo como debéis.

— ¡Desgraciado! exclamó el cura irlandés, ¿sabes qué tierra pisas?

— Estoy en el cementerio, como todas las personas á quien acogéis tan bien, señor pastor... Necesito como ellos una audiencia... Lo que tengo que deciros, es que no tenéis conmigo el mismo miramiento que por los demás... ahora mismo habéis apretado la mano á Rogerio, ¿hubiérais estrechado la mía si yo os la hubiera dado?

Por un movimiento instintivo, el cura Fritz-Roy escondió su mano en el pecho.

— ¡Ah! ¡Ah! dijo Peacock riéndose, el discípulo es más pequeño que el maestro, parece... Os he oído decir que Jesús dió el pan que acababa de partir á Judas... que dejó en el huerto que lo besara... la noche de los treinta dineros... ¡y parece que tenéis miedo de mancharos los dedos tocando los míos! Y bien, esto no será así. ¡Caramba! Esto os está prohibido. ¿Es que no soy vuestro feligrés como todas esas gentes? ¿Es que yo no me confieso como ellos?

Esta vez pareció que la mirada del sacerdote quería penetrar en el alma de Hugo.

— No podéis huirme ostensiblemente ni darme señales de desprecio ó de odio. ¿Qué sabéis de mí? ¿La memoria de ciertas cosas no muere en el sitio donde fueron oídas? ¿Queréis que vuestra aversión despierte sospechas contra mí? No me quieren, sino que me toleran... mi dinero es útil para muchos, y no conozco muchos en el pueblo que no necesiten las pesetas de Hugo el prestamista. No podéis sin razón desacreditarme en el espíritu público.

Y como el cura señalaba el sepulcro de Dunstan con un gesto mudo:

— ¿Hay muchos modos de cumplir un juramento? preguntó Hugo; cuando los labradores del pueblo se aperciben de vuestro odio, buscarán la causa. No pueden, no deben buscarla, ¿entendéis? De cuándo en cuándo os hablaré en público, como los otros, no tengo lepra y no podéis echarme fuera del rebaño.

— Cuando me encontréis, que no se cambie ni un músculo de vuestro semblante! Los ojos y los labios tienen una voz, el temblor y la palidez tienen un lenguaje, y no soy yo quien debo recordaros vuestros deberes.

— ¡Ay! pensó el sacerdote, Seth no se vió forzado á vivir al lado de Caín.

— Esto es todo lo que tenía que deciros, señor cura.

—¡Dios se apiade de vos! murmuró el cura Fritz-Roy. Hugo Peacock arregló su paso al del sacerdote, y como se acercaban á una familia que parecía deseaban dirigir algunas palabras al cura, Hugo dijo alto:

—Es un buen consejo el que me habéis dado, señor... Me parece que la cizaña debe ser útil para algo, á fuerza de estar mezclada con el buen grano.

—No, dijo el sacerdote, la cizaña está sembrada por el enemigo del propietario del campo, y el padre de familia quiere que se arranque para que hecha haces se tire al fuego.

—Sois un santo, un santo de Dios; que Cristo Dios os bendiga, señor. Desde mañana haré algo por Pat y sus hijos.

Hugo y el cura estaban ya cerca de la familia. El asesino de Dunstan osó alargar su mano al sacerdote. El cura tenía la suya oculta en su sotana y estrechaba su corazón como si lo destrozara.

Le faltó la fuerza un segundo.

Sus dedos se crisparon sobre su sotana sangrienta, después cayeron en las de Hugo.

—El siervo no es mayor que el maestro, murmuró el martir.

(Se continuará.)

LOS GRABADOS

LA CATEDRAL DE GUADIX

(La explicación en el número próximo).

CAPILLA DE SAN MIGUEL DE GUADALAJARA, LLAMADA DE LOS URBINAS

Esta capilla, que ya no existe, es prueba concluyente de que para clasificar los monumentos antiguos es necesario no dejarse llevar de sus caracteres generales, sino descender á más detenido exámen, sobre todo en las épocas de transición en las que luchando el elemento innovador con las antiguas prácticas, se ven á un mismo tiempo levantarse edificios del estilo que acaba al lado de otros empezados por la nueva escuela, y á veces en uno mismo confundidos los caracteres de ambos.

Fundación de Luis de Lucena, médico pontificio, fué edificada en el siglo XVI, por más que su aspecto exterior á semejanza de fortaleza, los redondos cubos que la flanquean, los medallones de arábigo gusto que la ciñen y los matacanes que remeda parte del adorno de su cornisa, pudieran para un ligero observador dar á aquella fábrica más remota antigüedad.

En los cornisamentos de esta capilla nótase el renacimiento; pero en los demás aspectos y traza general recuerda el siglo XV.

El interior se asemeja al exterior y no carecía de menor interés artístico por las pinturas al fresco que tenía, y por los sepulcros con estatuas orantes del fundador y su próximo pariente el canónigo Antonio Nuñez, que en nichos de la época contenían las siguientes inscripciones latinas: "*Gens sive concilio et prudentia, utinam sapiens et intelligeres et novissimus tuis provideres. — Conditorem hoc, alterumque quod juxta positum est, Ludovicus Lucenus que hoc sanctum dedicavit, posuit sibi et suis posterisque eorum, anno á Christo nato M. D. XL.*"

La capilla de los Uribinas ha desaparecido para dar paso á una carretera, sucumbiendo con ella uno de los más bellos monumentos arquitectónicos de la ciudad de los Mendozas.

LA FIESTA DE LOS CIEGOS EN LAS PROVINCIAS VASCONGADAS

En lo antiguo se solían celebrar en las aldeas del Norte una fiesta que consistía en saltar en un sitio cerrado un cordero con un cencerro y dar entrada allí á varios ciegos, cada uno con otro cencerro semejante; podían estos dar caza al cordero, y á la tercera vez que lo cogían lo retenían por suyo. Las equivocaciones á que la igualdad de sonido daba lugar se prestaban á mucha risa, y por último, se corría con el cordero á un necesitado, como lo eran por lo regular los ciegos que asistían al concurso.

Esta fiesta buena ó mediana, que de todo tenía, ha desaparecido; pero aún los ciegos, en la época en que aquella se celebraba, suelen recorrer las aldeas, entonando cantares en que se recuerda la fiesta de los tiempos pasados.

El inspirado Becquer recogió con su lápiz admirable una escena de ciegos, que con ser sencillísima, tiene tal interés que parece un cuadro vivo, lleno de color y de movimiento. Tal es el que representa nuestro grabado.

ATRIL DEL MONASTERIO DEL ESCORIAL

Es bellísimo y muestra en las parrillas el instrumento del martirio de San Lorenzo. Como todo lo del Escorial patetiza el brillo de las artes españolas, inspiradas por la piedad de un rey católico.

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Adulteraciones de que suelen ser objeto los vinos y modo de reconocerlas. — Para endulzar los vinos agrios se acude á una adulteración que consiste en añadirles litargirio (protóxido de plomo), ó bien carbonato de la misma base á los que contienen ácido acético hasta que quede neutralizado. Las indicadas sales metálicas son verdaderos venenos, produciendo el uso de los vinos así sofisticados, cólicos graves que pueden causar la muerte. Los vinos de que se trata tienen un sabor estíptico azucarado y persistente. La presencia de los cuerpos ó sustancias adulterantes se puede reconocer decolorando el líquido por medio de carbón y vertiendo en él algunas gotas de una disolución de hidrógeno sulfurado. Por corta que sea la cantidad de sal de plomo que contenga el líquido, se produce en él un precipitado negro en forma de copos de algodón, que no es otra cosa que sulfuro de plomo.

La costumbre que tienen algunos de limpiar las botellas con perdigones de plomo debe condenarse, porque quedando algún residuo de este metal en las vasijas, puede luego malearse el vino que en ella se deposite. Por esta razón se deben proscribir también toda clase de vasijas del mismo metal. Para la limpieza de las botellas se puede echar mano de perdigones de hierro fundido.

El alumbre y el yeso se mezclan también á los vinos con fines diversos. Se aplica el primero con el propósito de avivar el color, clarificarlo, darle más condiciones de conservación y comunicarle un sabor estíptico, análogo al del vino de Burdeos, ó restituirle el perdido por la adición de agua. Comunmente no se aplican más que unos 86 centigramos de alumbre por cada litro de vino, pero hay comerciantes que llegan hasta poner de dos gramos y me-

dio hasta cinco en la misma cantidad de líquido. Esta clase de vinos son tanto más dañinos cuanto mayor es la cantidad de alumbre que contienen. Para reconocer la presencia, de esta sustancia, se hace hervir durante algunos minutos una parte del líquido. Si está adulterado el vino, se enturbia poco á poco dando lugar á un precipitado en forma de vapor, que después de reposado y enfriado, se reunirá en el fondo de la vasija formando una especie de laca insoluble de color rosa pálido tirando al violeta, según sea la clase de vino ensayado.

La aplicación del yeso tiene lugar espolvoreando la uva cuando se va á pisar ó prensar, consiguiéndose con esto que el líquido adquiera más color, más vinosidad y mejores cualidades de conservación. Esta práctica es muy antigua, y en varios pueblos de Cataluña está todavía en uso, precisamente en comarcas donde si bien se elaboran vinos de color oscuro de por sí, son estos débiles y no se pueden conservar inalterables por mucho tiempo. Como esta operación modifica las condiciones químicas del vino, dando lugar á la formación de una gran cantidad de sulfato de potasa, dañino para la salud, y á la disminución correspondiente del crémor tartaro, debe considerarse como pernicioso y combatirse con energía. Si el yeso tiene algo de arcilla es más perjudicial aún por la cantidad de sulfato de alúmina que la arcilla contiene. Por estas razones se ha dispuesto que se considere en estos últimos tiempos en Francia como delito de falsificación toda tentativa de circulación de vinos enyesados, aun cuando contra esta medida han protestado algunas Sociedades que pretenden que conviene autorizar la mezcla de cuatro gramos de yeso por litro, que es la aceptada en la actualidad para el suministro de vino á los cuerpos del ejército y armada. Esta disposición afecta á los intereses de los cosecheros españoles del NE., los cuales deben procurar poco á poco la desaparición de la necesidad de aquella práctica perniciosa, mejorando las castas de vid, de modo que el vino reuna por sí mismo las cualidades necesarias de conservación, sin que sea preciso para conseguirlo acudir á medios artificiales de naturaleza contraria á la higiene.

En cuanto á las adulteraciones que tienen por único objeto aumentar la intensidad de color de los vinos ó dar á los que proceden de ciertas mezclas el color propio del que se quiere imitar, son muchas las sustancias que con los indicados fines se emplean, pudiendo ser algunas nocivas para la salud, según sea la naturaleza ó la cantidad en que se apliquen. La lista es muy larga, pudiéndose citar entre otras el palo campeche, el tornasol, el jugo de bayas de yezgo, aligustre, mirto y sauco, las moras, la remolacha y una mezcla del jugo de bayas de yezgo con el de las de sauco, añadiéndolas un poco de alumbre. En estos últimos tiempos se ha generalizado mucho, desterrando casi todas las sustancias indicadas, la fuchsina, que por su baratura y fuerza de color aventaja á todas las demás. Se han indicado muchos procedimientos para reconocer su presencia, debiéndose leer sobre el particular las últimas publicaciones especiales.

Por lo que hace á las demás materias colorantes, puede atestigüarse su presencia en los vinos, siempre

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

AGUA DE SAN LORENZO

MARCA DE FÁBRICA GARANTIZADA POR EL GOBIERNO

Cura infaliblemente las llagas y úlceras de cualquier procedencia: las heridas de todas clases, los dolores reumáticos, las contusiones, las jaquecas más rebeldes, las quemaduras y hemorragias, sujetándose para su uso al prospecto que se une al frasco.

Son muy repetidas las curaciones hechas con este poderoso descubrimiento, que pueden comprobarse.

Se vende, por mayor, en casa de D. Melchor García, TETUAN, 15, Madrid; y por menor, en las más principales farmacias de la península y Ultramar, al precio de TRES PESETAS frasco.

COMPAÑÍA COLONIAL

Roma 1868

MEDALLA



DE ORO.

CHOCOLATES PREMIADOS POR SU SANTIDAD PIO IX

Depósito general. Calle Mayor, núms. 18 y 20.
Sucursal. Calle de la Montera, núm. 8.

NOVÍSIMO AÑO CRISTIANO

Y SANTORAL ESPAÑOL

Se ha publicado el primer tomo de esta importantísima obra, escrita con un criterio superior á todos los AÑOS CRISTIANOS Y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos, es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados á la cura de almas y á la predicación. Además de la oración, epístola y evangelios propios del día, se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rivadeneira, los tres Luises, de Leon, de Granada y de la Puente, etc. Constará de doce tomos. Se reciben suscripciones en las oficinas de la casa editorial señores Riera y Compañía, Peligros, 20, 2.º

PARA EL CULTO DIVINO

Atriles.	Ciriales.	Diademas.	Navetas.
Candeleros.	Coronas.	Incensarios.	Sacras.
Campanillas.	Cruces.	Lámparas.	Vinageras.

Acaba de recibirse gran surtido de candelabros en forma de ramos con azucenas, margaritas y otras flores, de 3, 4, 5, 6 y 7 luces.

Manuel García, Atocha, 45 y 47, Madrid.

SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Esta sociedad tiene el honor de anunciar al público que en sus oficinas se reciben anuncios, reclamos y hechos varios para sus periódicos de Madrid y provincias, recibiendo también para los de todos los países de Europa, de Asia, América, Oceanía, Australia y la India.

Oficinas: Calle del Príncipe, 27, principal

Sucursal en Barcelona, Bajada de Cervantes, 4

que tratados con una disolución de alumbre y carbonato de potasa den un precipitado azul, rosa ó violeta. Para esto se disuelve una parte de alumbre en once partes de agua destilada, y una parte de carbonato de potasa en ocho partes de agua destilada también. La disolución de alumbre debe ser igual en cantidad á la del vino sujeto al ensayo, mezclándose primero con él, y vertiendo después con cuidado la del carbonato. Se obtiene un resultado análogo con el amoniaco, y el sulfato de amoniaco debiéndose añadir al vino, para ello, el amoniaco suficiente para que se note ligeramente por el olor su presencia en el líquido, vertiendo después algunas gotas de la disolución concentrada del sulfidrato. Hecho esto, se filtra el líquido, resultando, que si el vino no está adulterado, se presenta el indicado líquido con un color verde más ó menos oscuro, ó con un tinte azul, rojo ó violeta si tiene mezcla de sustancias colorantes. Hay otro procedimiento todavía más sencillo, que descansa en la propiedad que poseen las materias colorantes que proceden de frutos ó semillas, de disolverse prontamente en el agua, en tanto que en iguales circunstancias la materia colorante natural del vino no se disuelve sino muy imperfectamente y con mucha lentitud. La operación se hace empapando un pedazo de esponja ó una miga de pan en el vino que se quiere examinar, y colocando dicha esponja ó miga en un plato con agua. Esta se colora de rojo violeta si el vino tiene coloración artificial, mientras que si no lo tiene, el agua tarda en adquirir color de un cuarto de hora á media hora, tomando desde luego un tinte opalino. En cuanto á la determinación exacta de la naturaleza de las sustancias que hayan producido la coloración, es menester para ello acudir á procedimientos de análisis cuya exposición no es de este lugar.

Cola líquida.—Es sabido que el estado líquido de la cola se mantiene añadiéndole una pequeña cantidad de algún ácido. Los que comunmente se emplean para el caso son el ácido acético y el nítrico. Así preparada la cola, debe conservarse en frascos bien tapados, porque de lo contrario el ácido se evapora y el líquido se espesa mucho.

La cola líquida ordinaria se prepara deshaciéndola en agua que se calienta suavemente, y á la cual se añade después el ácido.

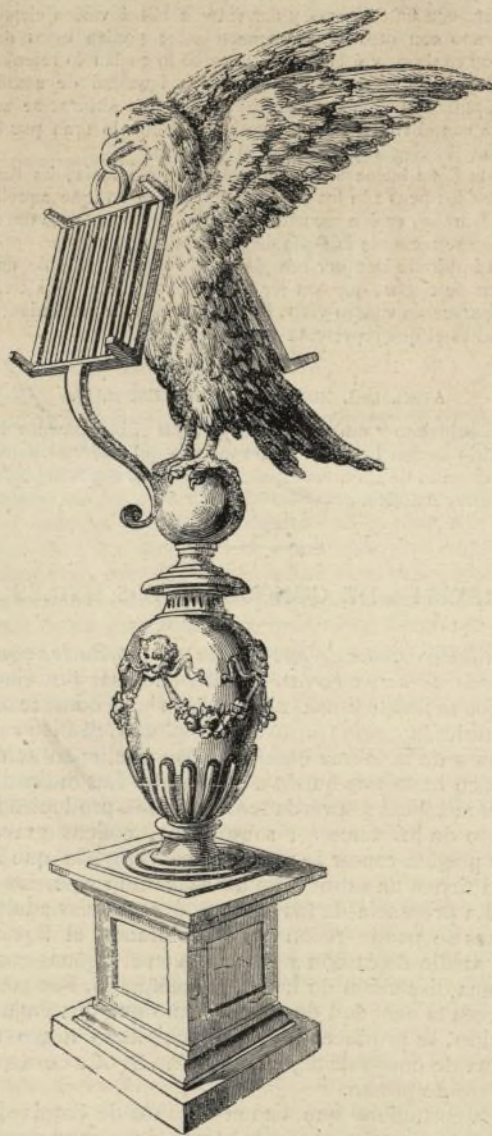
Una acreditada revista científica norte-americana indica acerca del particular un procedimiento mucho más sencillo, que consiste en introducir en un frasco, llenándolo con vinagre fuerte, pedazos de cola de carpintero, la cual se disuelve al poco tiempo agitando la vasija, estando entónces en disposición de usarse. Asegura la revista indicada, que esta cola preparada en frío es superior á la que circula en el comercio. Si por estar destapado el frasco se produce alguna evaporación, basta añadir un poco más de vinagre y agitarlo para que la cola adquiera de nuevo sus buenas cualidades.

A su vez un periódico alemán recomienda la receta siguiente: 100 partes en peso de gelatina, 6 ó 7 de ácido oxálico y 400 de agua. La gelatina y el ácido se disuelven en el agua calentando el líquido al vapor en una vasija de porcelana, y diluyéndolo y neutralizándolo después con cal. Luego se filtra y se evapora á un calor moderado hasta que el peso sea igual al doble poco más ó menos de la gelatina empleada.

La cola de boca es de más reducido uso que la líquida. Se prepara con cola blanca de buena calidad, la cual se pone en agua durante varias horas, mezclándole luego un peso igual de azúcar. Esta mezcla se moldea en caliente bajo la forma de barras ó láminas delgadas. Son buenas proporciones la de 45 partes en peso de cola blanca, 60 de agua de lluvia y 45 de azúcar blanco.

La cola impermeable se hace disolviendo caoutchouc en nafta y añadiendo en caliente laca hasta que adquiera la consistencia deseada. También se puede hacer con pedazos de goma elástica en bruto

ARTE ESPAÑOL.



ATRIL DEL MONASTERIO DEL ESCORIAL.

disueltos en caliente, con barniz copal, cuando se tenga que aplicar á la madera ó á las correas y suelas.

Asimismo se hace una cola fuerte impermeable con 340 partes de cola común, disueltas en cantidad bastante de agua, y mezcladas con 85 partes de resina, añadiéndole 4 de aguarrás.

Conservación de las materias orgánicas.—El procedimiento empleado por los Sres. Settle Barib, de Kelburu, consiste en emplear una disolución en agua ó en alcohol de la sustancia siguiente:

Se disuelve en caliente hasta saturación ácido bórico en glicerina, y por enfriamiento se obtiene una masa delicuescente, formada de 92 partes de glicerina y 69 de ácido bórico. Esta sustancia se disuelve en el agua ó en alcohol según los casos, y en la disolución se sumergen las materias orgánicas que se desee conservar.


Desarrollo de una lechuga en veinticuatro horas.—Se toma la semilla y se echa en remojo en espíritu de vino puro durante doce horas.

Entre tanto se prepara un cajón lleno de buena tierra, mezclada con mucha palomina (estiércol de palomos) pulverizada. En la tierra así preparada se esparce la semilla, cubriéndola ligeramente, procurando reservar la caja de los rayos fuertes del sol, y se riega con cuidado durante una hora, consiguiéndose al cabo de veinticuatro horas lechugas muy delicadas.

ADVERTENCIA

Visto el número de pedidos que se nos ha hecho de las cubiertas para encuadernar LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, hemos decidido hacerlas desde luego, y se venderán al precio de 16 reales en esta Administración.

Apresúrense los suscritores que las quieran á darnos aviso para fijar el número de las que se han de hacer. Las cubiertas serán de tela con adornos de color y dorados, alusivos á la índole del periódico.



D. ELIAS SOLER Y SANZ

Doctore de la Santa Iglesia catedral de Tarazona, profesor
que fué de canto llano
en el Seminario conciliar de San Gaudioso,

HA FALLECIDO

En dicha ciudad el día 28 de Marzo de 1883.

*Rogamos á nuestros suscritores que
se sirvan encomendarle á Dios.*

R. I. P. A.

Tipografía Gutenberg, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.